

Selección

TERROR

CURTIS GARLAND

YO, "EL DESTRIPADOR"

Querido jefe:

Sigo oyendo que la policía me ha capturado, pero la verdad es que aún no han dado conmigo. Me he reído mucho al ver que todos se las dan de inteligentes y hablan de haber encontrado la pista segura. No cesaré, sin embargo, de destripar putas mientras tenga fuerza para ello. El último trabajo me salió bordado. A ver quién hay por ahí, capaz de echarme mano. La mujer no tuvo ni tiempo de dar un solo grito.

Me gusta mi labor y tengo ganas de empezar de nuevo. Pronto sabréis de mí y de mis divertidos juegos. La próxima vez enviaré las orejas de la mujer a los policías, sólo por gastarles una broma. Retengan esta carta, hasta que haga algún trabajo más. Luego, ya pueden darla a conocer.

Mi arma, bien afilada, está en condiciones de entrar en acción y de presentarse una oportunidad, quiero aprovecharla.

Les deseo buena suerte. Suyo atento:

Jack el Destripador



Curtis Garland

Yo, «el Destripador»

Bolsilibros: Selección Terror - 352

ePub r1.0
karras 30.12.14

Título original: *Yo, «el Destripador»*
Curtis Garland, 1979

Editor digital: karras
ePub base r1.2




ſt
SELECCION
TERROR

A J. P. M., lector fiel de mis obras,
especialmente inclinado al género de terror,
y sobre todo a este tema que le es tan grato.

C. Garland

PREFACIO

Creo obligado este pórtico, antes de entrar en el relato de mi historia, para aclarar ciertos conceptos y dejar sentadas algunas bases que hagan comprender mejor a mis lectores la razón y el fondo mismo de esta obrita que tienen entre sus manos.

No es la primera vez, ni probablemente será la última, que escribo una novela policíaca, de intriga o de simple terror, sobre la figura de ese auténtico genio del crimen, con todo lo bueno y lo malo que tal genialidad implica, que fue Jack *the Ripper* o «El Destripador», como se le conoce en lenguaje castellano.

No sólo me fascina el personaje en sí, con su nimbo de irrealidad motivado en parte por el desconocimiento de su auténtica identidad, sino por muchos otros factores, como son la época, la condición social, humana y económica del entorno del personaje en tiempos tan duros, difíciles y criticables como la era victoriana.

Creo que el personaje existió en esos momentos precisamente, porque tenía que ser así. «El Destripador» podrá ser aborrecible como ente humano, pero encaja perfectamente dentro de su tiempo, porque él mismo refleja en su persona y en sus actos —posiblemente demenciales o posiblemente no—, la corrupción, podredumbre, degeneración moral y miseria de todo tipo que le envolvía en aquellos momentos. El Imperio se desmembraba, la reina Victoria distaba mucho de ser el personaje glorioso que cierta historia quería hacer ver, aunque no todo en ella fuese negativo, y el Londres de aquel trágico y siniestro otoño de 1888, era su fiel reflejo, algo así como el espejo donde se reflejaba toda lacra victoriana, gustase o no a los ingleses. Y que quizás aún sigue sin gustarles demasiado que se mencione, aunque un genio literario como Lewis Carroll (seudónimo de Charles Lutwidge Dodgson, hijo de un párroco de Dadesbury, Manchester), en sus dos obras maestras *Alicia en el País de las Maravillas* y *Alicia a través del espejo*,

bien satirizó ya en un deslumbrante juego literario de humor, fantasía y poderosa imaginación, todo cuanto componía el mosaico Victoriano.

Por otro lado, quiero hacer hincapié en que ciertos puntos del relato, sobre todo en su parte final, que pudieran parecer incluso exagerados o atrevidos por parte del autor, pretendiendo ir más lejos de lo razonable, están avalados por testimonios auténticos y bastante recientes de personas que, por conductos dignos de todo crédito, tuvieron acceso a documentaciones privadas de la época, guardadas en secreto hasta ahora.

Personas como el doctor Thomas E. A. Stowell, un anciano cirujano que aún vive, han afirmado lo que yo utilizo aquí como una explicación plausible de las causas que motivaron el anonimato del «Destripador» hasta el mismo fin de su carrera criminal, tan breve como intensa. El doctor Stowell posee documentos y revelaciones de importantes personajes de la sociedad londinense contemporánea del «Destripador» que, tristemente avalan la teoría que aquí el autor hace suya, aunque alterando nombres y parentescos determinados, para evitar desagradables y enojosos incidentes.

A su debido tiempo, el lector llegará a ese punto que no puedo ya señalar en principio para no «destripar» —nunca mejor empleada la palabra—, el argumento y la intriga de esta nueva incursión mía en el Whitechapel de 1888, en pos de las huellas del ya legendario «Jack». Entonces me permitiré recordarle lo que aquí menciono. Pero confieso que el resto, el «otro desenlace» que yo doy al relato, es puramente imaginado y sólo tiene por objetivo darle mayor interés y provocar la sorpresa del lector. Si lo he logrado, me sentiré satisfecho.

Es todo, lector amigo. Hasta ese momento, aquí están las hipotéticas —y por supuesto inexistentes, que yo sepa—, «Memorias del Destripador». Las que firmó alguien que podía decir al final de su escrito: Yo, «El Destripador»…

El Autor

CAPÍTULO PRIMERO
(Diario del Destripador I)

Empecé hoy mi tarea.

Es festivo. Seis de agosto de 1888. En el East End, estos días se celebran con particular entusiasmo. La gente es simple e ingenua muchas veces, aunque no toda ella sea igual.

De regreso a mí alojamiento, empiezo a escribir este diario. Tengo que hacerlo. Necesito hacerlo, porque es un modo de hablar conmigo mismo, de tener un diálogo y no un irritante monólogo. Hablo con el papel, con la pluma, con alguien que, tal vez, un día lejano llegue a encontrar este manuscrito y lo lea. No es ésa mi intención, por supuesto, pero todo puede ocurrir. Yo no puedo prever lo que sucederá de aquí en adelante, ni si tendré siempre el mismo éxito que esta noche he tenido.

He tardado algún tiempo en decidirme, lo confieso. No soy un criminal nato. No nací para matar. Pero tengo que hacerlo. Y lo haré. Lo haré sin una sola vacilación. Como maté esta noche a esa maldita ramera, Martha Turner…

No se ha perdido mucho con su muerte, después de todo. Estaba vieja y acabada. Era un deshecho humano, uno de tantos como pululan por estos barrios miserables, llenos de basuras, borrachos y prostitución. Creo que tenía treinta y cuatro o treinta y cinco años, según mis informes. Pero parecía tener más de cuarenta. Se hacía llamar a veces Martha Tabram, y su terreno de «operaciones» eran las cercanías de los almacenes portuarios y los alrededores de la Torre de Londres. El diablo se la haya llevado a la muy zorra.

La vi salir del Ángel y la Corona[1] a las once y cincuenta de la noche. Iba con un soldado, y se acostó con él por unas guineas, pocas claro está. Ése era su trabajo, y ya no podía cotizarse demasiado, con aquellos flanes que tenía por pechos y aquel abdomen abultado por la bebida y la obesidad. Si alguno de los que se fueron con ella la hubiesen visto sin pintura en su cara, creo que hubiesen huido horrorizados. Pero ella no se despintaba nunca

cuando estaba en público. No hubiera sido bueno para su negocio.

Tenían que haberla visto como la vi yo esta madrugada, después de asestarle las treinta y nueve puñaladas[2]. Bajo los afeites asomaba una piel cenicienta y rugosa, realmente repulsiva.

Pero no adelantemos acontecimientos. Quiero que este relato sea minucioso, ordenado y sereno. Escrito con frialdad y con método. Así me gusta hacer las cosas. Y así las haré.

Martha Turner dejó a su soldadito poco antes de la una y media. A la una y cuarenta minutos la vi entrar de nuevo en El Ángel y la Corona. Tal como me lo figuraba. Por eso la había esperado, oculto frente a las vidrieras empañadas del local, tras las que se adivinaban los bultos de sus clientes, el humo del tabaco y la macilenta luz del gas. Mi macferlán negro y mi sombrero me permitían permanecer en las sombras casi fundido con ellas. También mis manos estaban enguantadas. Y una de ellas sujetaba el liviano maletín negro…

Martha Turner debió beber unos tragos más en el *pub*, sin importarle demasiado su posible cirrosis, y salió de nuevo a la calle a las dos en punto. El reloj de una iglesia cercana, creo que la de Whitechapel, dio en esos momentos las campanadas.

Echó a andar hacia la plaza Star dando traspiés. Ella vivía en el número 4 de esa plaza. Y, evidentemente, iba lo bastante ebria para caer en su camastro y quedarse dormida en el acto, roncando como un cerdo.

La seguí. Mis pisadas no sonaban apenas en el empedrado húmedo del East End. Llevaba chanclos de goma negra sobre mi calzado. Era una medida de precaución para algo más que la espesa niebla o la llovizna de aquellas noches del final del verano de 1888.

La mujerzuela ni siquiera captó mi proximidad basta que fue demasiado tarde para ella. Creo que una farola de gas dibujó mi sombra en un muro y ella se sobresaltó, dando un giro a su cabeza, para mirarme con expresión de temor.

Sin duda estaba asustada, como muchas de sus colegas por las fechorías de la banda de Old Nichol en el distrito, banda a la que se atribuía la reciente muerte de una prostituta llamada Emma Smith, que fue apaleada hasta morir, para robarla[3].

—¡Oh, es usted! —exclamo con alivio, aunque la verdad es que no me conocía de nada—. Me había asustado usted, caballero…

—¿De veras? —Traté de mostrarme cortes con ella—. ¿De qué tiene miedo, señorita?

—De todos —rió, mirándome con el descaro propio de las mujeres de su clase—. Hay muchos rufianes sueltos por estos barrios. El otro día apalearon a una pobre mujer hasta matarla…

—Sí, no puede decirse que esto esté muy vigilado —asentí—.

Debe ser muy fácil para los salteadores cometer sus atropellos. ¿Me permite que la acompañe, para que no tenga miedo?

—¿Usted va a acompañarme? —Se pavoneo como si se lo hubiera dicho el propio Príncipe de Gales—. Oh, será un honor, caballero… ¿Es usted médico?

Estaba mirando hacia mi maletín al preguntarlo. El tufo de su aliento, apestando a ginebra, me daño el olfato desagradablemente. Tuve que hacer un poderoso esfuerzo para mostrarme correcto con ella.

—Sí, algo así —admití—. Cirujano, señorita.

—Es una bonita carrera —hablaba con la superficialidad ignorante de las de su calaña, pensé con aversión, caminando junto a ella. Observé que me miraba de soslayo y arreglaba su descote de forma que sus dos abultados y blandos senos asomaran un poco más, como gelatina a punto de derretirse—. Ahora recuerdo que hay cerca de aquí una casa donde podríamos detenernos un momento. Será poco rato, caballero. Vive una buena amiga en ella, y tiene habitaciones en alquiler. Usted y yo… podríamos… pasar un buen rato, ¿no le parece?

Me estremecí. Era la clase de proposición que podía repugnarme más. Imaginarme junto a una cama barata, en un cuartucho de Whitechapel, junto a una mujer desnuda como Martha Turner, era capaz de producirme náuseas.

Pero me había propuesto hacer algo, y eso requería paciencia y sangre fría. Y, sobre todo, un gran control de mí mismo. Por eso asentí, con toda naturalidad:

—Es una buena idea, señorita…

—Martha —dijo—. Martha es mi nombre, caballero. No voy a pedirle dinero, no piense que abusaría así de su caballerosidad…

—No tema —corté—. Le daré cinco guineas. ¿Estará bien? Tómelo como un obsequio, Martha.

—¿Cinco guineas? —Abrió unos ojos como platos, a pesar de la pasta azul que acumulaba en sus pestañas—. Oh, señor, es un generoso obsequio… Lo sabía. Desde que le vi supe que era todo un caballero. No se arrepentirá de venir conmigo. Soy una mujer muy experta en ciertas cosas…

Me guiñó el ojo, pasándose la lengua por sus pintados labios. Tendría que haberla matado entonces. Pero estábamos en plena calle, y un *policeman* pasó no lejos de nosotros, en su ronda nocturna, recortándose su inconfundible silueta contra el halo lechoso de una farola de alumbrado.

Se perdió a nuestras espaldas mientras seguíamos caminando hacia algún sitio que ella conocía. Nos detuvimos al fin. Miré la casa.

Una vieja y desconchada pared. Una edificación humilde en una de las peores callejas de Spitalfields.

—Aquí es —dijo, jovial, colgándose de mi brazo—. Entremos, querido. Lo vamos a pasar muy bien los dos…

Eructó, echándome encima un acre hedor a la ginebra ingerida. Ya no podía soportar más. Me pare en seco ante el oscuro y angosto portal.

—Tú primero —invité—. Eres una dama, Martha.

—Oh, sí —se pavoneó ella, riendo—. Gracias, amor. Estoy tan poco acostumbrada a tratar con caballeros… No vienen muchos por esta zona…

Rió de nuevo estúpidamente, y echó a andar hacía las escaleras. Miré sus piernas, de tobillos demasiado gordos, y su trasero ancho y fofo, cuando se disponía a subir las escaleras.

Dejé el maletín en el suelo con rapidez… Mis manos enguantadas sacaron dos objetos centelleantes de su interior. El cuchillo y el bisturí. Avance rápido hacia ella.

Cuando giró la cabeza, ya descendía el bisturí hacía su cuello. Desorbitó los ojos, intentando chillar. Le tapé la boca con mi otra mano armada, mientras sepultaba una, dos, tres, cuatro veces, el bisturí en su garganta. Cayó de espaldas, chorreando sangre por sus heridas. Luego solté su boca y empecé a clavarle el cuchillo con movimientos precisos y sistemáticos. Perdí la cuenta por un momento. No sabía si fueron treinta y nueve o cuarenta impactos del acero que tenía en su cuerpo.

Yacía boca arriba, sobre el primer peldaño de la sucia y lóbrega escalera. La sangre corría por el portal. Una fea expresión de horror supremo contraía su pintarrajeada faz. No me dio ninguna lástima.

La miré, guardando las ensangrentadas hojas en el maletín. Retrocedí lentamente, contemplando mi obra.

Sus pechos eran una criba sangrante, igual que su abdomen y su estómago, sus brazos y hombros. No iba a resultar una visión agradable para quien la encontrase.

Salí del portal. Oí pisadas en las cercanías y apresure el paso, alejándome de aquella zona. La niebla me engulló pronto. Así he matado a Martha Turner.

Así he comenzado mi obra. Y así la continuare.

Tengo que elegir a mí próxima víctima. Y prepararlo todo.

Llevará unos días, no muchos. Entonces volveré a matar a una de esas mujerzuelas odiosas.

CAPÍTULO II
(Diario del Destripador II)

Treinta y uno de agosto de 1888.

Ya está, ha caído la segunda víctima. No era mucho mejor que la anterior. Yo diría que de parecida catadura. Tampoco me da el menor remordimiento lo que he hecho esta noche en Buck's Row.

Es una zona bastante concurrida. Y hay una vecindad particularmente peligrosa para un acto como el que he realizado. La existencia de los talleres ferroviarios de la Great Eastern, con obreros que trabajan en turno de noche, y del matadero de caballos de la calle Winthrop, dificultaron bastante las cosas. Ella estuvo a punto de chillar cuando la herí. De haberlo hecho, hubiese sido funesto para mí. Aunque creo que siempre tengo abierta una salida aun en los peores momentos, dada mi identidad real. Pero cuanto menos se relacione ésta con el asesino de mujeres de Whitechapel, tanto mejor.

Ella se llamaba Mary Ann Nichols. Tenía cuarenta y dos años. Algunos la conocían por «Polly», uno de sus «nombres de guerra». Casada, separada del marido, alcohólica crónica y ramera en declive absoluto. Esta misma noche la habían echado de su alojamiento por falta de pago. La muy necia pensó que yo sería su tabla salvadora, cuando me abordó cerca de Whitechapel Road y me condujo a uno de los cuchitriles habituales donde se acostaba con su cliente de turno.

Esta vez no esperé a llegar a él. A causa de la muerte de Martha Turner, veinticuatro días atrás —muerte que por cierto no ha sido aún atribuida a nadie, y parece tener bastante confusa a la policía, a juzgar por mis noticias—, es posible que se vigilen con más cuidado esos lugares. Creo que ha sido más prudente por mi parte introducir a Mary Ann Nichols en Buck's Row, un callejón no demasiado amplio, y acuchillarla allí, junto a la farola. La densa niebla de la noche me ha ayudado bastante en la tarea. Además, ella no ha tenido tiempo ni ocasión de gritar.

He tapado su boca con una mano, mientras con la otra la iba acuchillando una y otra vez. Cada vez que entraba la hoja en su cuerpo, atravesando sus capas de piel, grasa y carne, era como introducirla en una pella de manteca. Estas mujeres son todas iguales: basura humana, cuerpos fláccidos y repugnantes… No sé cómo puede haber todavía quien se acueste con ellas, pagándolas encima.

Al primer golpe de mi arma, ya estaba virtualmente muerta. Le segué la garganta de oreja a oreja. Luego me ensañé con su pecho, su abdomen, su estómago y sus piernas.

Cuando me alejé de allí, era una piltrafa humana sobre un enorme charco de sangre. Había cumplido mi tarea una vez más. La segunda.

Ahora espero los resultados de esas dos muertes. Tienen que producir inquietud, escándalo. Seguro que relacionarán una muerte con otra. Tienen que hacerlo.

Y entonces, cuando empiece a cundir el terror… volveré a golpear. Entonces van a saber lo que se les viene encima. Algo que todavía no pueden ni siquiera imaginar…

Luego habrá llegado el momento de darles mi nombre. El nombre que voy a adoptar. Un nombre que les llenará de pánico, que les hará sentir el escalofrío del miedo…

Sí. Ahora, todo está a punto. Y eso que no ha hecho más que empezar…

CAPÍTULO III

El doctor Llewellyn, médico forense de la policía, alzó su mirada hacia el hombre que, con la cabeza hundida entre los hombros, una gorra en sus manos, estrujada por sus nerviosos dedos, y la mirada perdida en la gran sala vacía y lúgubre, parecía meditar aún sobre los restos humanos que yacían ante él, encima del frío mármol del depósito de cadáveres de la calle Montague.

—Sí —dijo, volviéndose a los inspectores de Scotland Yard, Abberline y Chandler, presentes también en la sala—. Es ella, mi esposa. Mary Ann Nichols. Vivíamos separados. Pobrecilla… No me hizo demasiado feliz en la vida, pero…

—¿Sí? —Indagó el inspector Abberline, encargado del caso previamente, y ahora unido a la inspección que del asunto hacia su colega Chandler.

—No sé qué decir —parecía a punto de llorar. Miró el cadáver y dijo algo sombrío, casi patético, sin quitar sus ojos de aquel despojo humano—: habiéndote encontrado así, mujer, te perdono todo el daño que me hiciste[4]…

No añadió más. Echó a andar hacia la salida, cabizbajo. Ninguno de los dos policías trató de detenerle. Tampoco el forense. El infortunado William Nichols abandonó la sala del depósito. Los tres hombres se miraron en silencio.

—Pobre diablo —comentó Abberline—. No puede decirse que fuese un acierto su matrimonio con Mary Ann…

—Nunca lo son esta clase de matrimonios, querido colega —suspiró Chandler, sentencioso. Cubrió con la sábana el cadáver de la Nichols y soltó un resoplido, hundiendo las manos en los bolsillos de su pantalón gris oscuro—. Y bien, ¿qué conclusiones hemos sacado de todo esto, caballeros?

—Muy pocas —el doctor Llewellyn sacudió la cabeza perplejo—. La persona que hizo esto, sabía lo que hacía. Supo cómo cortar y en

qué forma. Yo diría que no es ningún salvaje, aunque lo parezca por el modo de matar.

—¿Qué quiere decir con eso, doctor? —Indagó Abberline, suspicaz.

—Que hirió en los lugares precisos y en la forma precisa.

—¿Un experto? —Apuntó Chandler.

—Quizás.

—¿Un matarife? —Sugirió Abberline—. Había un matadero cerca…

—Es posible. Un matarife… o un médico. Un cirujano.

—Un cirujano… —reflexionó Abberline, arrugando el ceño—. Usted dijo eso mismo cuando hallamos el cadáver de la otra mujer, Martha Turner.

—Lo recuerdo muy bien, inspector. Yo diría que se trata de la misma persona.

—Cielos… —Abberline meneó la cabeza con desaliento—. Sólo nos faltaba eso. Si a algún periódico se le ocurre citar esa teoría o la gente del East piensa en la posibilidad de un sádico asesino, estamos listos. Se creará una psicosis de terror en esta zona.

—Yo me limito a exponerles lo que pienso —el forense fue a por su maletín, mientras hablaba con lentitud—: El corte de oreja a oreja es limpio, perfecto. También los tajos en sus pechos y abdomen. Hay método en lo que hizo el criminal. No fue un acuchillamiento ciego y torpe, sino con perfecto conocimiento de la anatomía de su víctima…

—Usted ha dicho que no fue atacada por sorpresa. Es decir, por la espalda…

—Lo que he dicho es que hay arañazos en su rostro, huellas de hematomas en su boca, como si la hubiesen amordazado con una mano, mientras la acuchillaban con la otra. Pero no creo que fuese acuchillada por la espalda. Los trazos no señalan eso. De modo que tal vez fue una persona en quien ella confió.

—¿Algún cliente?

—Sí, seguro. Pero un cliente de confianza, que no le hizo sospechar algo tan terrible. Cuando quiso advertirlo, ya era tarde.

—Gracias, doctor. Veremos qué resulta de la encuesta. Pero mucho me temo que nada de esto aporte demasiada luz al asunto —sentenció sombríamente el inspector Chandler—. La víctima, desde

luego, no creo que llegase a gritar. Una vecina del lugar, la señora Emma Green, que no podía conciliar el sueño anoche, no oyó ruido ni voz alguna a la hora en que se cometía el crimen. Tampoco los trabajadores nocturnos de los talleres ferroviarios oyeron nada. Ni los matarifes del matadero de caballos de la calle Winthrop. De modo que el asesino actuó rápido y bien.

—Lo mismo que en el crimen anterior —apuntó Abberline, sombrío—. ¿Quiere que le diga una cosa, Chandler? No me gusta esto.

—A mí tampoco.

—Pero lo tenemos entre manos. Y hay que seguir con ello, hasta que encontremos algo, sea lo que sea.

—¿Ah, pero están a punto de encontrar ustedes algo?

La voz jovial, risueña, pareció romper la propia pesadez amarga de la escena y llevar a la sala del depósito de cadáveres de Montague una especie de soplo de brisa fresca y limpia, sin olor a fénico, a cadáver ni a suburbio.

Sin embargo, ni el doctor Llewellyn ni los dos inspectores parecieron nada felices con la interrupción. Igualmente ceñudos y contrariados, centraron sus miradas en la puerta encristalada de la estancia, donde el recién llegado les miraba irónicamente, con sus manos ocultas bajo el liviano macferlán gris perla que envolvía elegantemente su traje a cuadros color oscuro.

—Oh, usted… —se quejó Abberline, plañidero—. Ya me extrañaba que el *Star* no metiera las narices en esto.

—El *Star*, exactamente, no —rió el joven—. Solamente Ian McCarthy, redactor de sucesos del periódico.

—Viene a ser lo mismo. Ya asomó su hocico cuando mataron a la Turner. ¿Qué busca ahora en esto?

—Información para mis lectores —caminó hacia ellos con desenvoltura, como si le divirtiera la acritud en el recibimiento—. Creo que han liquidado a otra prostituta en el East End, ¿no es cierto?

—Sabe muy bien que sí —gruñó Chandler—. Puede solicitar los detalles en la comisaría de Bishopsgate. Le facilitarán cuanto desee saber.

—Yo no soy quien desea saber, sino mis lectores. El público de Londres, caballeros, tiene derecho a saber. ¿Se trata del mismo

criminal, tal vez?

Se sobresaltó Abberline, mirándole con expresión de disgusto.

—¿Por qué se le ha ocurrido semejante cosa? —rezongó.

—No sé —se encogió de hombros el joven periodista del *Star*—. Yo creí que era factible. Una víctima de igual condición que la anterior, un crimen semejante, parecida técnica en el asesino… Y ni rastro de su persona, ¿verdad?

—Se están siguiendo varias pistas —mintió fríamente Chandler —. Es posible que hoy mismo haya novedades importantes.

—Ya —el escepticismo del joven era claro. Se acercó a la mesa de mármol y alzó la sábana. Se estremeció, tras contemplar el triste espectáculo—. He visto ahí fuera al marido de la víctima.

—Usted lo ve todo —se quejó Abberline—. ¿Por qué no nos deja en paz, McCarthy?

—Yo les dejaré enseguida. Pero ¿lo harán mis lectores cuando lean mañana mi columna? —Dudó el joven—. Miren, caballeros, el hecho de que ustedes sean ingleses y yo escocés, no debería ser motivo para tenerme ojeriza. Puedo serles de mucha ayuda, llegado el caso. La prensa es un buen aliado, sobre todo cuando la policía no tiene ni idea del caso que lleva entre manos.

Abberline y Chandler le fulminaron con sus miradas. El doctor no pudo por menos de echarse a reír con perfecto sentido del humor, y comentar, mientras se alejaba definitivamente hacia la salida:

—Es usted incorregible, McCarthy. Y lo malo es que la mayoría de las veces, acierta.

Cuando cerró la puerta vidriera tras de sí, un sonriente Ian McCarthy se encaró con los dos ceñudos policías. El joven reportero era alto, arrogante, bien parecido y de inteligentes, sagaces ojos grises y revuelto cabello castaño. Irradiaba seguridad en sí mismo y un cínico sentido del humor que parecía molestar bastante a sus interlocutores. Casi tanto como a aquellos a los que atacaba en su columna diaria del *Star*.

—De modo que todo está muy oscuro aún, ¿verdad? —comentó.

Chandler no dijo nada. Abberline encajó su mandíbula y paseó por el fúnebre recinto.

—Sí —confesó—. No está nada claro, McCarthy. La mujer murió entre dos y media y cuatro menos cuarto de la pasada madrugada,

ya que a esa primera hora, estuvo hablando con ella una amiga suya, Emily Holland, en la calle Osborn. Y a las cuatro menos cuarto, era hallado el cadáver en Buck's Row, por un carretero llamado William Cross y un transeúnte de nombre John Pal. Eso ha sido confirmado por el policía Neill, de servicio en esa zona.

—¿Y el arma utilizada?

—Un cuchillo de larga hoja, usado por un experto que sabe bastante de anatomía —apuntó Chandler, sombrío.

—Vaya, eso puede ser interesante —observó con sorpresa.

—Lo sabemos. Hay mutilaciones extensas en el abdomen, producidas por una mano muy diestra, al parecer.

—¿Es todo?

—Casi todo —Abberline se encogió de hombros con desaliento —. Ya sabe cómo están las cosas en este barrio. Pandillas de delincuentes, ladrones, contrabandistas, quizás sádicos homicidas…

—Demasiada basura para encontrar un simple desperdicio —admitió Ian con frío reproche—. A la gente no va a gustarle esto.

—Lo sabemos, pero ¿qué se puede hacer? —refunfuñó con disgusto el inspector Abberline—. Estamos trabajando con nuestro colega el inspector Gregson, encargado de la comisaría de Bishopsgate. Es todo lo que se puede hacer de momento. Se va a intensificar el número de patrullas y la vigilancia nocturna, pero no sé si eso puede dar resultado y evitar otros sucesos parecidos en el futuro.

—Muestra bendita Reina Victoria puede sentirse poco orgullosa de su reino —suspiró Ian McCarthy corrosivo—. Siempre que un país anda mal, la podredumbre asoma a su vida cotidiana. Y, sobre todo, a la nocturna. En un país donde el crimen acecha en las calles al oscurecer, ni hay ley, ni orden ni nada. Sólo basura, señores, sólo basura…

Y abandonó a su vez el depósito de cadáveres, dejando más sombríos que nunca a los dos policías.

* * *

Estaba equidistante de la comisaría de policía de Bishopsgate y de Petticoat Lane. En el corazón mismo de Whitechapel.

Era un edificio de ladrillos oscuros, con puertas y ventanas enmarcadas de blanco. Como cualquier otro edificio típico del East End londinense. El rotulo sobre la puerta anunciaba:

Piso por alquilar. Módicos precios.

Ian McCarthy miró en torno suyo. Había un *pub* no lejos de allí, el Dirty Dick’s de Bishopsgate, números 202-204. Y al otro lado, un pequeño restaurante de aspecto agradable, aunque modesto.

No le pareció un mal sitio si quería introducirse en el mundo del East End y vivir intensamente sus posibles emociones futuras. El *Star* le había dado carta blanca tras publicar su columna referente a la muerte de Mary Ann Nichols, a los veinticuatro días de morir del mismo modo Martha Turner. Podía alojarse en el mismo Whitechapel y tratar de vivir de cerca el clima de aquella zona miserable y peligrosa de la ciudad, donde dos mujeres podían haber sido víctimas de un sádico que aún andaba suelto por sus calles.

Y de ese modo, el joven reportero había decidido buscar alojamiento provisional en el East End.

Aquél podía ser un buen sitio. Céntrico, cercano a todos los puntos hasta entonces usados por el asesino —si es que era el mismo en ambos casos—, y también próximo a la policía, por si las cosas se ponían feas para él.

Después de todo, husmear tras la pista de un criminal no era una tarea rutinaria que pudiese abordar cualquier periodista. Pero él, Ian McCarthy, era un reportero muy especial. Buscaba la noticia justamente donde ésta estaba, sin esperar a que ella viniera en su busca. Era su técnica, y hasta ahora le había dado excelentes resultados. Los suficientes para ser el más importante columnista del *Star*, sólo a los dos años de haber llegado a Londres desde su Glasgow natal, en busca de una oportunidad como informador.

Llamó. Le abrió una joven rubia, de tez pálida, cabellos color de miel, ojos muy azules y expresión tan dulce cómo podía tener la Alicia cantada por Carroll, en su inefable cuento del País de las Maravillas. Se quedó mirándole con cierta sorpresa. Tal vez era su modo de vestir lo que la sorprendía. No abundaban los caballeros en el East End.

—¿Desea algo, señor? —preguntó ella con voz suave, tal vez

algo recelosa en el fondo, como debían de estarlo sin duda todas las mujeres de Whitechapel, fuera cual fuese su condición.

—Sí —sonrió él, tratando de mostrarse arrebatadoramente convincente—. He visto ese anuncio en su fachada. ¿Aún tiene libre ese piso, señorita?

—En efecto. —Su desconfianza aumentó de grado, en vez de desaparecer—. Pero es muy pequeño e interior. No creo que sea el adecuado para un caballero como usted…

—Eso debo decidirlo yo, ¿no cree? —Siguió sonriendo.

—Sí, claro. Pero deseaba advertírselo previamente. Tengo otros tres pisos, puesto que este edificio posee dos plantas altas, con dos puertas cada una, más él bajo, que es el que yo ocupo. Pero hay ya tres caballeros ocupando esos pisos. Sólo queda el que le he mencionado.

—Me gusta el emplazamiento. Y no pienso quedarme mucho tiempo. Un mes como máximo, probablemente. ¿Cuál es su alquiler?

—Diez guineas al mes —señaló ella—. Eso si, está limpio, muy cuidado… Yo misma me ocupo de ello.

—Perfecto, en tal caso —la miró, pensativo—. ¿Vive usted sola tal vez?

—No, no. Mi padre es coronel retirado. Sirvió en las Colonias. Sale poco de casa. Y si él no está, yo me quedo al cuidado de todo. Por eso no tiene que preocuparse, señor…

—Daniels —se apresuró a mencionar el joven su apellido materno—. Ian Daniels, de Glasgow.

—¿Glasgow? —Enarcó ella las cejas—. ¿Estudia en Londres, quizá?

—Sí, algo así. Estudios literarios —se quitó los guantes, con aire distraído—. ¿Podría ver ese piso, señorita?

—Sí, por supuesto. Si no le importa ocupar un interior con una sola habitación…

—En absoluto —rió él—. Me sobrará para mí solo, palabra. Acostumbro a comer fuera. Me conformo con poco espacio. Si me gusta, haré traer mi equipaje esta misma tarde.

—Sígame, en tal caso.

Se hizo a un lado. Entró Ian en el recibidor, al pie de la escalera ascendente, típicamente inglesa. Una puerta, a un lado, conducía a

la planta baja. Otra, al fondo de la escalera, debía llevar al sótano.

La joven abrió su puerta. Ian la oyó hablar dentro:

—Papá, un momento. Voy a mostrar el piso a un joven estudiante escocés que desea verlo.

—¿Escocés? —Oyó gruñir a una voz bronca—. ¡Vaya por Dios, bajo mi techo, tendría que ver vivir a un escocés! ¡Peste de gente!

Ian se sonrió. Conocía a muchos ingleses como el coronel. Era un sentimiento recíproco. Nunca se habían llevado demasiado bien. Como en otros tiempos lejanos de la Historia.

La muchacha reapareció con una llave en su mano. Era obvio que temía su posible reacción, si había oído las palabras de su padre. Pero el rostro del joven se mantuvo inmutable.

—Sígame, por favor —pidió la joven, iniciando el ascenso de la escalera—. Es en la última planta.

La siguió. Bajo las crujientes enaguas y las amplias faldas estampadas, color granate y gris, casi adivinó unos finos tobillos y unos pies menudos y gráciles. Alcanzaron el segundo piso. Como ella dijera, cada uno tenía dos puertas.

—¿Todos sus huéspedes son hombres? —indagó él, recordando su comentario anterior.

—Sí, todos —asintió ella, distraídamente, acercándose a la puerta del piso por alquilar—. El señor Quayne es actor, el señor Harris, pintor y escultor, y el señor Murphy, enfermero.

—Vaya, un buen muestrario de profesiones —comentó Ian, irónico—. Sólo faltaba yo: estudiante de arte…

—Suponiendo que se quede —apuntó ella, dubitativa, abriendo la puerta—. Pase, por favor, señor Daniels. Como verá, todo está impecable y a punto para ser ocupado, pero sigue siendo un piso demasiado pequeño e incómodo. Además, dada la estructura de la casa, dan las ventanas al patio interior, como ya le dije.

Ian no comentó nada. Estaba examinando el pisito, realmente pequeño y no demasiado confortable. Pero eso sí, pulcro y cuidado como pocos podrían estarlo en aquella zona de la ciudad. De todos modos, pensaba quedarse fuera como fuese. El emplazamiento era el que le convenía para su tarea.

—Está bien para mí —dijo finalmente—. Me quedo, señorita. Aquí tiene las diez guineas del primer mes. Luego traerán mis maletas.

—Si usted lo quiere… —ella se encogió de hombros, tomando el dinero. Le tendió la llave a cambio—. Aquí tiene. Baje, si lo desea, a que le extienda el correspondiente recibo ahora.

—Es igual. Ya me lo dará luego, cuando me instale —suspiró el joven, saliendo del piso—. Ahora debo hacer ciertas gestiones antes de trasladarme aquí. Ya la veré luego, señorita…

—Freeman. Amy Freeman. Mi padre, el coronel August Freeman, de los Khiber Riffles, en la India, es el propietario de la finca. Luego puede pasar a saludarle, sí lo desea.

—Gracias, lo haré —rió suavemente Ian—. Aunque no le caigan demasiado bien los escoceses…

Y su risa se hizo más abierta, al ver enrojecer a la joven, hasta que ella misma se contagió, echándose a reír con él.

Cuando salía de la casa, se cruzó con un caballero alto y delgado, de buen porte, que entraba en la finca usando su llavín. Ambos nombres se quedaron mirándose el uno al otro en el vestíbulo.

La joven presentó, presurosa:

—Oh, es el señor Brian Quayne, actor teatral. Ocupa la segunda puerta de la primera planta. Señor Quayne, el señor Ian Daniels es el nuevo inquilino del piso alto. Su profesión es estudiante de literatura…

—Es un placer, señor Daniels —le tendió su mano cortésmente el actor, cuyos ojos vivaces y agudos daban la impresión de pertenecer a un hombre más joven de lo que su cabello blanco y sus arrugas faciales hacían suponer—. Espero que seamos buenos vecinos.

—Lo mismo digo, señor Quayne —respondió Ian, estrechando aquella mano suave y fría—. Seguro que vamos a serlo.

El caballero canoso se alejó escaleras arriba tras una cortés inclinación y una sonrisa dirigida a la muchacha. Cuando hubo desaparecido tras la puerta de su piso, Ian comentó, ya en la salida de la casa:

—No creí encontrar demasiados caballeros en este barrio.

—Ya ve que se equivocó. El señor Quayne lo es, pese a que lleva ahora una mala temporada y no tiene trabajo.

—¿Es actor dramático?

—De *vaudeville*. Siempre está fuera de casa buscando trabajo,

pero no tiene mucha suerte últimamente.

—Sí, pasamos una mala época en este país —admitió McCarthy, ambiguo, saliendo a la calle—. Bien, señorita Freeman, nos veremos más tarde. Mis saludos a su padre.

Se alejó por Bishopsgate, hacia la comisaría de policía. Iba a informar al inspector Gregson, de la policía de Whitechapel, de su presencia en casa de los Freeman.

Le gustaba jugar limpio con la policía. Era lo mejor para un hombre de su profesión.

Sin embargo, a mitad de camino se detuvo, con la rara impresión de que alguien la estaba vigilando. Miró en torno, sin descubrir nada sospechoso entre la gente del East End que le rodeaba, con su aspecto, cuando no miserable, simplemente modesto, humildísimo. Nadie le miraba con particular interés.

Giró la cabeza bruscamente. Clavó sus ojos en la casa de ladrillos oscuros y marcos blancos. Una cortina cayó rápida sobre una vidriera de una ventana. Una sombra se diluyó detrás. Y dejó de sentirse vigilado.

Hizo un rápido cálculo mental. Aquél era el piso del actor en paro, el señor Quayne.

¿Por qué estaba espiándole desde la ventana?

Cambió de idea y, en vez de seguir hacia la comisaría, se metió en el Dirty Dick’s, a tomar una jarra de buena cerveza.

Era lo más prudente, desde el interés del actor por su persona, pensó mientras se apoyaba en el largo mostrador del pintoresco *pub*.

CAPÍTULO IV
(Diario del Destripador III)

Ocho de septiembre de 1888.

La calle Hanbury es un sitio solitario, frecuentado muy escasamente, sobre todo durante las noches de intensa niebla, como la de hoy. Sabía de antemano que no iba a ser difícil.

También ella era una de esas mujerzuelas. Singularmente parecida en casi todo a las otras. Sólo que ésta dicen que descendía de buena familia. Pero de todo eso le quedaba ya poco. Era un espectro de si misma. Primero la conocí con su nombre de batalla de «Annie, la morena». Otros me dijeron que se llamaba Annie Siftey. Para ésas, cualquier nombre es bueno.

Pero su nombre verdadero era Chapman. Annie Chapman. Tenía cuarenta y siete años. Sólo que cualquiera podría haberle echado diez más sin mucho esfuerzo. Es lo malo de la vida en las calles, prostituida y devorada por el alcohol y los males venéreos. También estaba a punto de ser arrojada de la miserable casa de huéspedes donde vivía. No tenía ni para pagarla…

Creo que había salido recientemente del Hospitalario de Caridad. Estaba algo enferma, muy demacrada bajo sus afeites. Pero aun así y todo, pensaba salir adelante de todo eso, gracias a la generosidad de los hombres que encontrase en su camino durante la noche. Esas zorras nunca pueden obrar de otro modo.

Era bastante solitaria. Tal vez sus colegas no le perdonasen su origen respetable. Por lo que sea, al tener pocas amistades, resultó más sencillo abordarla.

Como las de su calaña, aceptó complacida mi compañía. Para ella, yo era un caballero distinguido, que podía sanear bastante su maltrecha economía.

Había encontrado fácilmente un buen pretexto para conducirla hacia la calle Hanbury sin sospechar nada. Una vez allí, la conduje hasta el patio interior del número 29.

Y allí la maté.

No opuso demasiada resistencia, pese a ser una mujer de contextura física más bien fuerte. Quizá la debilidad de su dolencia influyó en ello. No lo sé ni me importa.

Lo cierto es que llegué a clavar con tal fuerza mi cuchillo en su cuello, que temí haberle separado la cabeza del tronco por un momento, y até con un pañuelo su cabeza, para evitar que se desprendiese totalmente[5]. Pero creo que fue sólo una impresión mía. Cuando la deje tendida en aquel patio, empapadas sus ropas en sangre, con su rostro gordinflón y fofo cubierto de salpicaduras de color rojo, parecía no sufrir mutilación alguna. De todos modos, mañana me enteraré por los periódicos. Siempre publican los detalles más macabros de cada caso. Saben qué es lo que le gusta a la gente. La masa tiene instintos morbosos siempre.

Ayer, viernes, seguí cautelosamente a la Chapman por Whitechapel. Casi toda la tarde y la noche la pasó en el Ringers, la cantina de la calle Dorset. Debió gastarse allí todo su dinero en alcohol, porque esa noche no pudo pagar su alojamiento y volvió a la calle tras echarla de su casa de huéspedes Timothy Donovan, el encargado. Esa gente acostumbra a actuar así en su negocio sin hacer excepciones. Saben que sus clientes tiran el dinero en vicios. Por tanto ¿a qué sentir piedad por ellos? Yo había pasado virtualmente desapercibido en el *pub* de la calle Dorset mientras estuve allí, vigilando a mi víctima. Tampoco advirtió nadie mi presencia cuando seguí a la Chapman hasta la casa de huéspedes de la que, como yo esperaba, volvió a salir. Ya había observado, al terminar su última consumición en el bar, que no le quedaban más allá de unos pocos peniques.

A las dos menos cuarto de esta madrugada, volvió a salir a la calle. Oí gritos airados de su patrón. Ella parecía sollozar. La seguí de nuevo a prudencial distancia, exactamente hasta la calle Brushfield, donde se adentró. Yo alargué el paso, para reunirme allí con ella. Resultaría el lugar idóneo. Oscuro, angosto, con farolas muy espaciadas y poca vigilancia policial. Aun así, estoy seguro de que una mujer llegó a verme hablar con la Chapman, pero confío en que no pueda identificar mi rostro.

De todos modos, mañana lo sabré por los diarios. Es decir, hoy ya, cuando salgan a la calle. Tengo curiosidad, sobre todo, por leer lo que publica el *Star*. Hay un tipo que escribe en él una columna de sucesos, un tal McCarthy, que parece ser el periodista más agudo de esta ciudad. Sí, será curioso leer lo que escribe…

* * *

Tengo ante mí el *Star*.

Tal como esperaba, la columna de McCarthy no tiene desperdicio. Ese hombre es como si viviera aquí mismo, en Whitechapel, y conociera a fondo el ambiente del East End.

En primera página, el *Star* habla de temas un tanto triviales pero de actualidad. Audiencias de la Reina Victoria, cacerías de la familia real en Balmoral, una indisposición pasajera del sobrino de Su Majestad, el Duque de Lawrence, el joven Edmond, tan asiduamente presentado en la Prensa durante el pasado Jubileo Real de 1887.

Sí. Algunos detalles de esa información de la regia familia, me resultan incluso divertidos. Parece todo tan absurdo y vacío, en comparación con todo esto que me rodea, todo esto en lo que estoy inmerso profundamente hasta alcanzar el inexorable final…

Luego está la página de sucesos. Allí no se habla de cosas almibaradas, ciertamente. Desde un soez apuñalamiento en un suburbio de Londres, una pelea de taberna en el Soho y algunas otras cosas de la crónica amarilla de estos días, hasta la noticia grande, que hace poner caracteres llamativos en la tercera página del *Star* y en la primera de otros muchos periódicos menos serios. La muerte de Annie Chapman. La tercera muerte del «monstruo de Whitechapel», como me califica ese reportero, Ian McCarthy. Tengo que darles pronto un nombre a todos ésos. Un nombre que les haga estremecer de horror. Nada de monstruos. Yo no pertenezco a una barraca de feria. Ni soy un loco sanguinario. Soy algo más. Mucho más.

Hay dibujos inefables en esa página de sucesos, presentando a Annie Chapman antes y después de muerta, dibujos del médico que la atendió al ser hallado su cadáver, de un hermano de la víctima, hombre con aspecto respetable y pulcro. Vistas del patio de Hanbury, testigos y todo esto. Incluso hay tipos que creen haberme visto huir por el *subway* de la Torre[6].

Resulta realmente cómica la forma en que los reporteros enfocan estos asuntos. Nadie tiene ni la menor idea de cómo sucedió realmente, ni por qué escriben o dibujan en las páginas de sus diarios esas informaciones absurdas, pero sin duda lo que buscan, es vender ejemplares, y nada más. A la gente, aunque se asuste por cosas así, en el fondo siente el morboso placer de empaparse de todo, falso o auténtico, en asuntos de esta clase.

El que más me preocupa es ese columnista del *Star*, el tal McCarthy. Ése no se deja deslumbrar por artificios ni da satisfacción a la masa. Es evidente que habla con los testigos, que visita los escenarios de los hechos y analiza fría y minuciosamente cada acción mía. Tal vez sea ridículo, pero intuyo que él y yo tenemos forzosamente que encontrarnos alguna vez, aunque él no sepa que

yo soy el asesino que buscan. Está siempre demasiado cerca de los acontecimientos, al parecer. Demasiado cerca de la verdad. Pero no debo inquietarme por nada. Todavía está lejano el final de mi tarea. Y nada ni nadie puede apartarme de ella. Sé que cada vez será más difícil. Que la vigilancia crece, y que hasta es posible que muchas de esas mujerzuelas vayan ahora armadas por Whitechapel, temiendo ser asaltadas. Que desconfiarán de cualquier hombre que vean, aunque sea un caballero.

¿Desconfiarán alguna vez de mí? Espero que no. Mi identidad no puede asustarlas. Por el contrario, si les revelo quién soy, en un momento dado, eso alejará toda posible sospecha de mi persona. Es muy arriesgado, lo sé. Pero tal vez llegue un momento en que no haya otro remedio.

Tal vez…

Ahora, muerta Annie Chapman, voy a dejar de actuar durante unos días. Además, no puedo permanecer mucho tiempo por estos lugares. Tienen que verme en otros sitios del país, estoy obligado a ello. De modo que buscaré un pretexto plausible y me alejaré de mis lugares de costumbre durante unas semanas.

Después, habrá llegado el momento de actuar otra vez. Y, al mismo tiempo, de darle mí nombre a la publicidad, a la gente, a la policía, a los periódicos. Lo tengo bien pensado. Escribiré una carta a Scotland Yard, después de mi próximo trabajo. Y entonces les diré el nombre que se me ha ocurrido. Será divertido. Muy divertido.

La gente temblará a su sola mención. La opinión pública se estremecerá. Y habré empezado a ser leyenda…

CAPÍTULO V

Había muchos curiosos en el lugar.

En vez de disminuir, aumentaban los corrillos de gente situados durante el día frente a la calle Hanbury número 29. Cierto que durante la noche sólo quedaban en la zona los policías de servicio, pero durante las horas diurnas, aquél era el lugar más concurrido de todo el East End.

Ian McCarthy contempló con aire distraído a toda aquella gente que nada había ido a hacer allí, salvo complacer su morbo particular. Meneó la cabeza, regresando junto al inspector Abberline, que se ocupaba personalmente del caso.

—He oído ya cien versiones distintas de los hechos —comentaba en ese momento el inspector a un colega de McCarthy—. Desde personas que vieron huir a un hombre con un delantal de cuero, hasta otros que juran haber visto entrar poco después del asesinato a un caballero con las manos ensangrentadas en un *pub* cercano a Hanbury.

—¿Y nada de ello es cierto, inspector? —indagó el periodista.

—No lo sabemos. Se está batiendo todo el barrio, se tienen numerosas pistas, pero se ignora si alguna de ellas puede ser la verdadera, la que nos conduzca a la captura del asesino.

—¿Cree la policía que se trata del mismo criminal de los dos casos anteriores, inspector?

—No hay seguridad alguna, pero es muy probable que sí. —El inspector procuraba informar de manera ambigua—. Según los expertos, la persona que acuchilló a Annie Chapman sabía lo que hacía, como en las muertes de Martha Turner y Mary Ann Nichols. Las heridas han sido numerosas y certeramente efectuadas. Ha de tratarse, sin duda, de alguien familiarizado con el bisturí o el cuchillo, y que además tiene conocimientos de anatomía. Esta circunstancia coincide plenamente con los hechos anteriores.

Ian McCarthy se alejó del policía con rapidez.

Había visto asomar, con una cesta de la compra en la mano, a una mujer conocida, al final de la calle Hanbury, llevada sin duda por la misma curiosidad que todos los demás.

Era su casera, la atractiva señorita Freeman.

No convenía que le viesen hablar con la policía. Para todos, él era solamente un escritor, un artista sin otro trabajo que estudiar y preparar trabajos literarios. Nadie debía saber en aquella vecindad que el joven huésped de la casa de Bishopsgate era un reportero conocido en todo Londres, el columnista McCarthy, del *Star*.

Ian iba sonriéndose para su interior ante las evasivas dadas por la policía a los periodistas. Él sabía algo más que Abberline le había referido, previa palabra suya de honor de no utilizar aún la información en su periódico.

A Annie Chapman no sólo la habían acuchillado con habilidad peculiar en aquel asesino, sino que la habían mutilado seriamente.

El asesino había abierto su vientre. Y el útero faltaba en el cadáver. ¿Para qué podía querer un asesino el útero de su víctima? Los especialistas de Scotland Yard y el forense, estaban confusos y aterrados. La idea de un loco sádico feroz se albergaba en sus mentes. El doctor Phillips, que se ocupó de la tarea de examinar inicialmente el cuerpo de la víctima, coincidía en todo con el forense. El que hizo la macabra mutilación y produjo aquellas mortales incisiones a la mujer, era un verdadero experto. Posiblemente un cirujano. No cabía otra explicación.

Pero pese a todo, el veredicto de la encuesta estaba a punto de hacerse público aquella misma semana. Y no había duda sobre su resultado final: veredicto de asesinato contra persona o personas desconocidas. Era la fórmula más socorrida y más inútil de todas. La que señalaba la impotencia de *coroner* y policía.

—Señorita Freeman, no me diga que va a curiosear en ese horrible sitio —abordó gentilmente a la muchacha con una sonrisa cortés, quitándose un momento el sombrero.

—¡Señor Daniels! —Se sorprendió ella—. ¿Usted por aquí?

—Le aseguro que no iba de paso —rió el joven—. He sido vencido también por la morbosa curiosidad que nos afecta a todos. Tal vez esto me sirva para escribir un ensayo.

—¿Sobre el crimen? —Los azules ojos de la joven se clavaban

ahora con aprensión en la sórdida fachada del edificio que daba al patio trágico.

—Sobre las condiciones de vida en el East End —rectificó él, suave—. Son infrahumanas, en muchos casos. Ese patio con olor a suciedad, esas casas, verdaderas cuevas para ratas… Y gente como esa pobre mujer asesinada.

—Sí, es un tema que valdría la pena tocar —suspiró ella, apartando la mirada del lugar del crimen, para fijarla en su joven huésped—. La miseria nos ha rodeado desde hace mucho tiempo. Ahora, por si eso fuera poco, estará el terror. Vea a la gente. Mira en derredor como si cualquiera de nosotros fuera el asesino. Hoy, el señor Murphy ha hecho poner una cerradura nueva a su puerta. Y un cerrojo para asegurarse por dentro.

—¿El señor Murphy? —Ian enarcó las cejas—. Ah, ¿se refiere a mí vecino, el enfermero?

—Exacto. El señor Murphy trabaja ahora por las noches en el hospital de Blackfriars, no lejos de aquí. Vuelve a casa casi al amanecer y tiene miedo de ser seguido por un criminal.

—Por ahora, el asesino sólo parece fijarse en mujeres. —Ian añadió, con aire distraído—: Debe ser, de todos modos, bastante molesto y desagradable, dadas las circunstancias, trabajar de noche en estas zonas. Sobre todo, para regresar a casa. Corre dos peligros: que le ataque un delincuente, o que le detengan por sospechoso, confundiéndole con el asesino.

—Eso no se me había ocurrido —sonrió de buen humor la joven, moviendo su rubia cabecita con aire divertido—. No me imagino a un hombre como Norman Murphy sospechoso de asesinato…

—Oh, no se fíe de eso. Muchos famosos criminales han resultado ser personas perfectamente normales, incluso cómicas o distinguidas. Nadie tiene cara de asesino. Y muchos que la tienen, no lo son, ni mucho menos.

—Parece muy interesado por ese tema —hizo notar la joven, mirándole fijamente.

—Bueno, ya le he dicho que se me ocurrió la idea de escribir un ensayo sobre todo esto —se apresuró a decir Ian, comprendiendo que Amy Freeman era una muchacha inteligente y sagaz, con la que había que andarse con mucho cuidado para no delatarse a sí mismo —. Es un tema sórdido, lo sé. Pero también en esa clase de asuntos

puede haber algo fascinante.

—¿Qué, por ejemplo? —Se interesó ella, sin desviar sus ojos de él un solo momento.

—El asesino, por ejemplo.

—¿El asesino? —Enarcó sus cejas Amy Freeman, perpleja.

—Eso dije. Es un personaje tan inquietante como sugestivo para un escritor.

—¿Por qué motivo, señor Daniels? Yo sólo lo encuentro horrible, cruel, perverso.

—Y lo es, sin duda alguna. Los periódicos dan de él leyendas escalofriantes que, sin duda alguna, son ciertas, pese al afán desmedido de la fauna periodística por zarpar las tintas para vender más ejemplares. Pero imaginemos que tras esa apariencia maligna, hay solamente un ser humano. Un hombre sometido a una serie de emociones inexplicables de momento. Capaz de asesinar ferozmente, de mutilar hasta extremos de un sadismo brutal Pero evidentemente, su aspecto debe inspirar confianza. Tal vez, incluso, sea todo un caballero, como dicen algunos testigos ocasionales. Si eso fuese cierto, y debe serlo cuando las víctimas no parecieron sospechar de él en ningún momento, hasta que fue demasiado tarde, ¿por qué todo un caballero mata con esa ferocidad inhumana… y por qué siempre a mujeres públicas, ajadas por su condición y por el vicio?

—Sí, expuesto así, parece tener un nuevo interés, una dimensión distinta —admitió ella, como si le costara aceptar eso—. Es usted un profundo observador de lo que le rodea, ¿no es cierto?

—Sólo trato de serlo —sonrió el joven reportero—. A veces me gustaría más ser pintor, poder intentar hacer el retrato de un ser como ese asesino, dándole forma con mis pinceles y no con mi pobre pluma y mi escasa imaginación…

—Le aseguro que no iría mucho más lejos de lo que ha llegado ahora con sus palabras —dijo una voz inesperada a sus espaldas.

Ian se volvió con sobresalto. Miró al caballero alto, delgado y de semblante inexpresivo que estaba erguido tras él. Vestía un largo macferlán negro y sombrero gris oscuro de peluche. Su rostro era anguloso, sus ojos de un color pizarroso y su boca delgada y prieta. Podía tener treinta y cinco años como máximo, pero Ian estuvo seguro de que aparentaba más edad de la suya verdadera, que tal

vez no llegaba a esa treintena.

—Perdone, ¿quién es usted para mezclarse en esto? —Indagó el joven con cierta acritud en su tono.

—¡Señor Harris! —Le interrumpió la muchacha, al tiempo que abría sus ojos con sorpresa—. ¿Usted aquí a estas horas? Le imaginaba en la escuela de Bellas Artes, donde dijo que estaría hoy…

—Vaya, ¿de modo que es usted mi vecino de abajo? —Sonrió Ian, estudiando curioso al desconocido.

—Pues sí, si es usted el señor Daniels de quien me habló la señorita Freeman —sonrió débilmente el pintor, revelando cierta jovialidad en su gesto por vez primera.

—Lo es. Señor Harris, éste es Ian Daniels, estudiante de literatura y escritor aficionado. Señor Daniels, éste es el vecino del primero primera, Edwin Harris, pintor y escultor.

—Es un placer —dijo gravemente el artista, inclinándose—. Perdonen si les molesté al mezclarme en su conversación, pero no pude evitar oír lo que dijo. Usted, señor Daniels, retrató muy bien al asesino. Mucho mejor de lo que yo lo hice con mis pinceles.

—¿Usted retrató al asesino de mujeres de Whitechapel? —Se sorprendió Ian, pestañeando.

—Eso es —sonrió más ampliamente Harris—. Por eso dejé de asistir hoy a Bellas Artes, señorita Freeman. Esto me fascina. Escucho a testigos, oigo a la gente, leo periódicos… Poseo todo el archivo de recortes sobre ese criminal, publicado hasta ahora, señor Daniels. Y con todo ello, me he formado una idea. He creado un retrato. ¿Quiere verlo, puesto que la personalidad del asesino también le intriga a usted? Venga, se lo ruego. Está virtualmente terminado… si es que un retrato así se puede terminar alguna vez, realmente…

McCarthy, profundamente interesado, afirmó lentamente con la cabeza.

—Sí —confesó—. Me gustaría mucho ver esa obra suya, la verdad…

* * *

Edwin Harris desprendió la tela que cubría el lienzo situado sobre el caballete. La luz de la ventana cayó sobre la pintura.

Ian McCarthy no pudo evitar un leve estremecimiento. Era absurdo, pensó, pero es como si se hallara de repente ante la posibilidad fantástica de verse cara a cara con alguien capaz de fotografiar a un ser sin rostro, captar a un espectro huidizo e ignorado.

Miró largamente la figura del lienzo. Y la asoció con los informes policiales que él conocía a través de Abberline y otras fuentes oficiales de Scotland Yard, así como las descripciones de testigos más o menos imaginativos.

Evidentemente, Harris se lo había leído todo. Aquello era como un pastiche de ese resumen de informes dudosos. Pero tenía algo raro. Algo especial. Tal vez la aspiración personal de Harris. O tal vez algo más indecible y sutil. No podía saberlo.

Pero podía ser el asesino. Podía parecerse, incluso. Sólo que… no tenía rostro.

Harris había trazado unos rasgos confusos, turbios, en los que predominaban los grises inconcretos. Sólo el destello de unos ojos agudos y fríos, de indefinido color, destacaba en la masa gris del rostro inconcluso, donde más tarde pudiera aquel artista llegar a moldear unas facciones reales, vivas: las del monstruo de Whitechapel.

El resto, resultaba singularmente parecido al propio pintor: alto, enjuto, amplio macferlán, sombrero de peluche aunque negro en vez de gris. Un maletín negro, de médico, en una mano. Un largo cuchillo en la otra, goteando sangre.

—Admirable —ponderó Ian con sinceridad, volviéndose a Harris—. Es un retrato excelente. Tiene fuerza. Pero… es incompleto, ¿no?

—Claro —rió el pintor—. ¿Quién sabe cómo es él? Es como un juego imaginativo. Igual que usted cuando hablaba de ese desconocido personaje a quien tanta gente quisiera ver tal como es. Sólo nos basamos en lo que dicen los demás y en nuestra propia fantasía, ¿no es cierto, señor Daniels?

—Sí, muy cierto —de repente, tuvo la sensación de que no estaban solos en la habitación destinada por Harris a estudio de pintura y escultura. Giro la cabeza. La puerta del piso estaba abierta

de par en par. Y en su umbral, un joven rubio, vigoroso pero no grueso, miraba con ojos muy claros y abiertos hacia el cuadro, como si algo en éste le fascinara. Ian murmuro, contemplándole—: ¿Y ése quién es?

Se volvió Harris hacia la entrada de su piso. Sonrió, dando unos pasos hacia el recién llegado.

—Oh, si es mi vecino, el amigo Murphy… —exclamó—. Pase, pase, si lo desea. Estaba mostrando mi última obra al señor Daniels. ¿Se conocen ustedes?

—Pues no. —El rubio entró, tendiendo su mano a Ian—. Soy Norman Murphy. Vivo aquí y trabajo de enfermero en el Hospital de Whitechapel. ¿También usted es pintor?

—No, no. —Ian estrechó la mano que se le tendía—. Soy escritor por afición. Estudio Literatura y desearía ser periodista y ensayista o algo así. Veo que el arte nos une a todos aquí.

—¿El arte? —Enarcó sus cejas Murphy con asombro—. Me temo que yo no tenga nada de artista. Sólo me cuido de ayudar a los médicos a la poco artística tarea de atender pacientes en su gran mayoría hambrientos, enfermos de miseria o de dolencias venéreas.

—No deja de ser un arte hoy en día —comentó Ian irónico—. Resulta cada vez más difícil aliviar el dolor de nuestra pobre Inglaterra depauperada bajo la máscara brillante de su imperio Victoriano.

—Visto así, tal vez tenga razón —admitió Murphy, riendo.

—Seguro que la tiene. Incluso la cirugía es un arte —añadió el pintor burlón—. Si no, que se lo pregunten a ese tipo que he pintado ahí. Él sí que hace arte con su bisturí, si realmente es un cirujano, como dicen todos. ¿No opina usted igual, querido Murphy, siendo como es un estudiante de cirugía en ese hospital donde trabaja?

El comentario pareció a todas luces inoportuno. McCarthy advirtió el repentino nerviosismo del rubio joven, y esa alteración fue tal, que de su mano cayó una cartera de piel que llevaba en su mano, al tratar de protestar con voz insegura:

—Oh, por Dios, no estudio, simplemente tengo afición y observo a los cirujanos… Pero no creo que sea un arte…

La cartera quedó en el suelo, abierta. Ian contempló fijamente lo que había caído de ella, y brillaba ahora al sol, con destellos

plateados.

Bisturíes. Un juego de ellos. Los había largos y cortos. Todos afiladísimos, centellantes. Eran cinco.

—Vaya, diríase que el propio asesino de mujeres de Whitechapel está entre nosotros —comentó una voz, sarcástica, desde el rellano de la escalera.

Todos se volvieron, especialmente sobresaltado el joven enfermero Murphy.

Brian Quayne, el actor, estaba asomado a su propia puerta, al otro lado del primer rellano, contemplando con expresión burlona el instrumental quirúrgico extendido por el estudio. Al enfermero no le divirtió demasiado la broma. Miró aviesamente al actor, recogiendo los bisturíes con nerviosismo.

—Eso no tiene gracia —comentó con acritud.

—Lo siento. No quería molestarle, Murphy —el actor se acercó a ellos con parsimonia—. Era sólo una broma inocente. Usted no tiene aspecto de ir matando furcias por esas callejuelas, amigo mío.

—¿Cómo cree que debe ser el aspecto de quien lo hace? —preguntó agudamente Ian, volviéndose al actor.

—No sé —éste se encogió de hombros dirigiéndole una mirada rápida—. Como actor, yo me caracterizaría con un rostro halconado, una mirada cruel y unas manos huesudas empuñando uno de esos bisturíes con firmeza. Más o menos, como se ve en ese retrato magistral del señor Harris. Lástima que su rostro no esté demasiado definido.

—¿Lo está en la realidad? —indagó McCarthy.

—No, señor Daniels, no lo está —volvió a mirarle el actor de los cabellos canosos—. Pero por lo que veo, ese rostro ignorado nos fascina aquí a todos por igual… aunque por razones diferentes. Yo actuaría encantado en escena con ese papel.

—Usted actuaría con cualquier cosa, Quayne —se irritó Murphy, evidentemente rencoroso—. El que no tiene trabajo, se conforma con lo que sea.

—Muy cáustico, Murphy —sonrió fríamente el actor—. Lo malo es que tiene usted razón. Pero tengo algo en perspectiva. Es posible que actúe en el East End Vaudeville la próxima semana. Será un papel breve, un solo *sketch* en el primer acto, pero algo es algo. No desespero de llegar a ser algún día ese horrible destripador de

Whitechapel, al menos sobre un escenario, claro…

—¿Destripador, ha dicho? —Se volvió sorprendido el pintor Harris, mirando al actor con cierta extrañeza—. ¿Por qué utilizó usted ese nombre, Quayne?

—Bueno, destripó a esa pobre mujer, la Chapman, ¿no es cierto? —El actor miró a Harris con una sonrisa—. Es un modo como otro cualquiera de calificarle, no un nombre concreto.

—Sí, claro —Harris se frotó el mentón, estudiando su cuadro de nuevo—. Destripador… No está mal.

—¿Qué es lo que no está mal? —preguntó el enfermero Murphy.

—Ese nombre. Tiene algo horripilante. Pero muy real a la vez…

Y sin vacilar, tomó uno de sus pinceles, lo mojo en pintura roja, y trazó al pie de su retrato aquel nombre con caracteres casi sangrantes:

DESTRIPADOR

Ian miró de soslayo al enfermero Murphy y al actor Quayne. Ambos miraban fijamente aquella firma, como si algo en ella resultara extrañamente fascinador.

Como si algo de ella les asustara.

CAPÍTULO VI
(Diario del Destripador IV)

Ya he escrito mi primera carta.

Va dirigida al jefe de policía de Scotland Yard, la escribí el otro día, justamente el veinticinco de este mes, y la franqueé ayer, día veintiocho, en una estafeta de London East Central.

Tengo una copia aquí conmigo, y voy a incluirla en mi diario para que éste sea realmente un relato completo de mi historia secreta, todo lo que esos necios jamás podrán averiguar de mí por sus propios medios.

La carta dice:

> Querido jefe:
>
> Sigo oyendo que la policía me ha capturado, pero la verdad es que aún no han dado conmigo. Me he reído mucho al ver que todos se las dan de inteligentes y hablan de haber encontrado la pista segura. No cesaré, sin embargo, de destripar putas[7] mientras tenga fuerza para ello. El último trabajo me salió bordado. A ver quién hay por ahí, capaz de echarme mano. La mujer no tuvo ni tiempo de dar un solo grito.
>
> Me gusta mi labor y tengo ganas de empezar de nuevo. Pronto sabréis de mí y de mis divertidos juegos. La próxima vez enviaré las orejas de la mujer a los policías, sólo por gastarles una broma. Retengan esta carta, hasta que haga algún trabajo más. Luego, ya pueden darla a conocer.
>
> Mi arma, bien afilada, está en condiciones de entrar en acción y de presentarse una oportunidad, quiero aprovecharla.
>
> Les deseo buena suerte. Suyo atento:
>
> Jack el Destripador

P.D. No les importe llamarme por éste mi nombre comercial. Echo la carta al correo antes de haberme podido quitar todas las manchas de tinta de mis manos.

¡Ahora todos aseguran que soy un doctor! Evidentemente, no tienen ustedes suerte.

Esto va a traerles quebraderos de cabeza y disgustos. Me divierte imaginar a todo Scotland Yard revuelto con mi carta. He adoptado al fin el nombre adecuado: «El Destripador». Me gusta. Me gustó en cuanto salió a colación el otro día, en esa casa de Bishopsgate. Espero que eso les sorprenda a ellos en primer lugar.

No acaba de gustarme ese escritor aficionado, el señor Daniels. Algo me dice que es más astuto de lo que aparenta. Creo que nos está observando a todos. No pierde detalle. Tengo que averiguar más cosas sobre él. Podría ser un policía trabajando secretamente para el Yard. Y si fuera así, ¿significa que, realmente, están sobre alguna pista que yo desconozco, o todo ello es pura casualidad y hemos coincidido en esa casa por azar?…

Los periódicos, hoy, no hablan demasiado de mí ni de mis víctimas de Whitechapel. Están demasiado ocupados con el desfile de la carroza real, las audiencias de Su Graciosa Majestad, la Reina Victoria, los galanteos de su joven sobrino, el duque de Lawrence, con una aristócrata del continente y chismorreos por el estilo. Claro que el joven Edmond, nuestro duque de Lawrence, por su parentesco real y por sus aventuras amorosas, siempre es noticia de primera página en los periódicos sensacionalistas, ya sea en las crónicas de sociedad, ya sea en los reportajes del corazón y todas esas tonterías. Pobre duque, no hay nada peor que estar siempre en esas circunstancias de popularidad sentimental. Pero eso, la gente no puede saberlo, y estoy seguro de que muchos envidian su vida alegre y sin problemas.

Pero dejemos eso. No me gusta divagar cuando escribo mi diario. Al diablo con Buckingham, con la familia real y con el propio duque de Lawrence. Eso no cuenta aquí ahora. Estoy hablando de mí, de Jack el Destripador. De mi primera carta a Scotland Yard.

Y de mi próxima hazaña en el East End.

Lo tengo todo previsto, calculado. Va a ser un golpe magistral, devastador. Scotland Yard sentirá el mazazo brutal en sus carnes. El pueblo de Londres se estremecerá. El terror y la angustia se apoderarán de todas esas malditas rameras que pululan por las sucias callejuelas de ese barrio infecto.

Eso sucederá mañana, treinta de septiembre de 1888. Está

decidido. Si no ocurre algo imprevisible, lo llevaré a cabo mañana mismo.

Y esta vez, tendrán que dar mi nombre a la publicidad. Yo lograré que lo hagan, aunque quieran ocultarlo.

Mañana… ¡Ah, mañana, qué gran día! Porque las víctimas serán dos, no una.

CAPÍTULO VII

Louis Diemstchutz miró con disgusto su carro.

Se había parado de repente y el caballo se negaba a seguir su camino habitual, tirando del carrito de dos ruedas, de regreso a su casa. Era mozo del club durante la noche, en el Círculo Internacional Educativo para Trabajadores, establecido en la casa número 40 de la calle Berner la que comunicaba Commercial Road con la zona del ferrocarril. Pero de día era buhonero también, y ahora se dirigía a su vivienda, mientras en el club se empezaba a disolver la reunión habitual de los sábados por la noche.

Imaginó que algún obstáculo impedía a su caballo seguir adelante por el amplio patio que comunicaba con la calle a través de unos portones de madera, y se adelantó para comprobarlo.

Su horror no tuvo límites. Un cuerpo humano bañado en sangre yacía junto al muro, interponiéndose en el camino de su carro.

Sus gritos agudos de alarma conmovieron a toda la vecindad, especialmente a los socios que aún permanecían en el club.

Momentos más tarde, la policía hacía acto de presencia en el lugar, requerida por uno de los miembros del club. Al llegar los agentes allí, el buhonero les informó roncamente:

—Es una mujer… Sangra por el cuello como un cerdo degollado. Creo que la mataron cuando yo venía hacia acá. Mi caballo se asustó. Sospecho que más por la presencia de alguien escondido en la oscuridad, que por el propio cuerpo cruzado en el camino…

Los policías se apresuraron a dar una batida y bloquear toda posible salida, mientras algunos de ellos se ocupaban de examinar el cadáver. Ciertamente, aún estaba caliente, y la sangre manaba ya con lentitud.

No hallaron rastro de nadie. Si el buhonero estaba en lo cierto, el asesino se había evaporado mientras él podía auxilio desgañitándose.

Los médicos que examinaron el cuerpo de la mujer, confirmaron que la muerte tuvo que ocurrir entre la una menos cuarto y menos cinco. Y a menos cinco, exactamente, había llegado allí el buhonero con su carro…

Ése fue el primer asesinato de la trágica madrugada del veintinueve al treinta de septiembre de 1888. Un sábado noche, como casi siempre…

* * *

La plaza Mitre, ya en plena City, fue el escenario del segundo asesinato de la noche.

Esta vez fue un agente de policía llamado Watkins quien, al proyectar la luz de su linterna hacia una oscura rinconera de la plaza, iluminó el cuerpo de una mujer, sobre un enorme charco de sangre.

Prestamente llegaron los policías y detectives del Yard para investigar el suceso, acordonándose la plaza y sus tres salidas, en una búsqueda infructuosa del criminal. No descubrieron absolutamente nada.

Trasladado el cadáver al depósito, se comprobó que faltaba un trozo de delantal de la víctima. Se halló ese fragmento de tela, manchado de sangre y húmedo de agua, no lejos de un sumidero donde el criminal, tranquilamente, se había lavado las manos tras su acción.

Sir Charles Warren, jefe superior de la policía de Londres, fue inmediatamente informado de todo lo que sucedía. El asesino, al parecer, había inscrito algo, con sangre de la víctima, en un muro de la calle Dorset, relativo a los judíos, puesto que últimamente había una fuerte corriente antisemita en Londres. Esa inscripción defendía a los judíos, absolviéndoles de toda culpa en el hecho, pero *Sir* Charles Warren, por motivos que parecieron oscuros incluso a sus propios subordinados, ordenó borrar ese mensaje, sin dar siquiera tiempo a que fuese fotografiado o examinado por peritos. Ése fue uno de los grandes errores que *Sir* Charles cometería, inexplicablemente, a lo largo de los crímenes del «Destripador» y su investigación oficial.

Hasta bien avanzado el domingo, no se pudo identificar a las dos víctimas, comprobándose con sorpresa que la segunda, la de la plaza Mitre, había estado detenida poco antes, aquella misma noche, en una comisaría, por abuso de alcohol, y sólo al hecho de no tener celda disponible, debía el haber sido puesta en libertad.

Una libertad que poco después terminaba con su horrible muerte.

* * *

—¿Y bien, inspector?

Abberline miró malhumorado a su visitante. Meneó la cabeza, con evidente desaliento.

—Es un infernal asunto —rezongó—. Para volverse loco, McCarthy, créame.

—Le creo, inspector. Pero la gente empieza a pedir la cabeza de muchas personas, empezando por la policía. Exigen soluciones.

—¡Soluciones! —Bramó Abberline, descompuesto—. ¿Dónde están esas soluciones, McCarthy? Es fácil exigir, gritar, acusar. Pero no tenemos nada, ¡nada!, en que basar nuestras pesquisas. El asesino es como humo. Se evapora antes de llegar nosotros, sin dejar el menor rastro.

—Sí, he pensado en ello muchas veces —afirmó Ian, ceñudo—. No deja de ser raro que nadie le vea nunca, que nadie le sorprenda, más o menos lejos del lugar de su hazaña…

—Se arresta a muchos sospechosos, pero al final hay que soltarlos a todos, porque ninguno puede ser, en buena lógica, el hombre que buscamos, McCarthy. Cierto que hemos llegado a arrestar a dos médicos, pero ambos pudieron probar que iban a visitar a determinados clientes en la zona donde fueron detenidos. Del mismo modo han sido arrestados matarifes que luego resultaron estar de servicio nocturno en sus respectivos mataderos y cuyas manchas de sangre demostró el laboratorio que eran de res y no humana…

—Tal vez estén buscando médicos, matarifes y cosas así, y no hayan pensado nunca en otra clase de personas… —observó Ian.

—¿Eh? ¿A qué se refiere?

—No, a nada, déjelo —suspiró el joven reportero—. Era sólo una idea vaga… No tiene importancia.

Abberline tosió, dirigiéndose a su mesa. Tomó unos papeles que hojeó con cuidado. Comenzó a hablar sin mirar a McCarthy:

—La mujer asesinada en la calle Berner ha resultado ser Elizabeth Stride, prostituta. Cuarenta y cinco años de edad. Su apodo más conocido era el de «Long Liz». Su apellido verdadero, Gustafsdotter. Nacida en Suecia. Casada con un carpintero en 1869. En 1878, su marido y sus tres hijos perecieron en el naufragio del vapor *Princess Alice* en el Támesis. Ella se salvó con otros pocos. A partir de ahí, su vida estaba rota. Y en los últimos seis años, su oficio era el de ramera. Desapareció de la casa de huéspedes donde vivía con un obrero portuario el día veinticinco de este mes. No reapareció hasta el jueves, limpiando habitaciones por un corto salario. A las siete de la noche estaba aún en la cocina de esa casa de huéspedes. Y a la una de la madrugada, estaba muerta en el patio de la calle Berner. Es todo lo que puedo decirle de ella, McCarthy.

—¿Algún testigo?

—Pocos. Un obrero y un policía coinciden en haberla visto a eso de las doce y media o poco más, besándose efusivamente en la calle con un individuo alto, de macferlán oscuro, del que parecía muy enamorada por las muestras.

—Cielos… —los ojos de Ian brillaron—. ¿Puedo publicar eso?

—Claro. Hágalo —se encogió de hombros Abberline—. Tal vez *Sir* Charles se disguste, pero alguien más pudo haber visto a ese hombre y animarse a revelarlo, si lo lee en los periódicos.

—¿Nada más?

—Un detalle curioso: en su mano izquierda cerrada, tenía unos caramelos. Eso quiere decir que ni siquiera intentó oponerse a su agresor. Confiaba plenamente en él.

—¿Cómo puede ser eso posible en las actuales circunstancias?

—No me lo pregunte. Yo no tengo esa respuesta, desgraciadamente.

Ian anotó los datos. Luego, indago:

—¿Y la víctima de la plaza Mitre?

—Eso es diferente. Tenía el rostro horriblemente destrozado a cuchilladas. El forense ha hecho su primer examen de la víctima en

el depósito de cadáveres de Golden Lane. Es horrible, pero le faltaban los ovarios y un riñón. La primera herida le cortó las cuerdas vocales, impidiéndole gritar. Según el doctor Brown, el tipo es un experto en usar el bisturí o el cuchillo. No son mutilaciones fáciles en un lugar oscuro y con prisas.

—Me temo que hemos de estar de acuerdo con él —resopló Ian, pensativo—. ¿Algo sobre la identificación de la víctima?

—Sí. Catherine Eddowes. Cuarenta y tres años —consultó en otro papel—. Naturalmente, prostituta y alcohólica. Como todas. Por su aspecto, parecía tener ya sesenta años. Era una ruina humana.

—Siempre la misma historia…

—Siempre, sí.

—¿Testigos esta vez?

—Como siempre también, poco más o menos, Cuarenta y cinco minutos antes de morir, salía de la comisaría burlándose del sargento de guardia con unas palabras burlonas: «Ta-ta, gallito. Nos veremos pronto». No sabía que iba hacia la muerte. Watkins, el policía que la halló, dice que a la una y media, en su ronda anterior el cadáver no estaba allí. A las dos menos cuarto lo hallaba, entre sangre, y con sus entrañas amontonadas en los alrededores de su cuello, mostrando una enorme abertura en su vientre. Un vigilante nocturno de la Kearlev & Tongs Limited, lugar cercano al del crimen no vio ni oyó nada, porque estaba trabajando a esa hora. Casi todas las noches, en ese momento está en la puerta del almacén fumando un cigarrillo. No puede negarse que el asesino tiene suerte en todo…

Ian se incorporó, paseando por el despacho del inspector Abberline en Scotland Yard. Encendió un cigarrillo y meditó sobre cuánto acababan de relatarle. Los datos recién conocidos daban vueltas en su mente de modo confuso. Había algo que escapaba a su pensamiento, pero que estaba seguro de tener allí, en el fondo de su cerebro.

Y, de pronto, Abberline lanzó una imprevisible bomba:

—Ahora, sólo faltaba lo que me ha comunicado *Sir* Charles… La carta del «Destripador»…

—La carta ¿de quién? —Saltó Ian, con brusca estupefacción, dando media vuelta, mientras el cigarrillo caía de sus labios.

—«El Destripador» —repitió Abberline, sorprendido—. ¿Por qué se ha sobresaltado, McCarthy? ¿Sabía ya algo de eso usted?

—Un momento —trató de serenarse a sí mismo Ian—. ¿A qué carta se refiere?

—Ha llegado a Scotland Yard esta misma mañana. Ayer la recibió la Central News Agency, pero la consideraron una extravagancia más de algún tipo deseoso de notoriedad, posiblemente un psicópata. Hoy es diferente. Se la han pasado directamente a *Sir* Charles Warren. Es una misiva siniestra, que parece escrita por una persona que no tiene nada de loca y sí mucho de perversa, aunque con un macabro sentido del humor. Vea, tengo aquí copiado su texto, McCarthy. Pero no publique eso todavía. No me autorizaría a ello *Sir* Charles Warren.

Ian tomó uno de los papeles. Leyó el texto firmado por Jack el Destripador. Su rostro estaba pálido y tenso. Abberline no le quitaba ojo, tratando de leer en él sus emociones al seguir las líneas trazadas en el documento.

—«El Destripador»… —repitió sordamente Ian entre dientes—. Dios mío… Parece imposible…

—¿Qué está mascullando usted, McCarthy? —Se irritó Abberline —. ¿Es que sabe algo? ¿Le dice alguna cosa ese mensaje?

—No, claro que no —fríamente, Ian mintió al devolverle el texto al policía—. Fue ese nombre… «El Destripador»… Me causó cierto horror. Y la impresión de haberlo oído antes en alguna parte…

—Imposible. Ésta es la primera noticia oficial que se tiene de tal hecho. Lo confundirá con alguna otra cosa.

—Sí, sin duda es eso —admitió Ian cínicamente, desviando la mirada. Luego recordó algo de lo que leyera en aquel mensaje.

—Supongo que no habrá cumplido su amenaza de enviar las orejas de alguna víctima…

—No, que yo sepa, no —negó sombríamente Abberline—. Pero hay algo significativo que confirma la legitimidad de esa carta.

—¿Y es…?

—Una de las orejas de Catherine Eddowes, la última víctima, ha sido cortada totalmente. Una de las de Elizabeth Stride, aparecía desgarrada. Tal vez trató de cumplir su promesa.

—Sí, parece evidente. Supongo que es todo lo que tienen, ¿verdad?

—Por el momento, sí. Veremos lo que nos reservan las próximas horas. Recuerde, McCarthy: por el momento, nada de publicidad a esa carta. Le avisaré cuándo puede hacerlo…

Al día siguiente, Abberline le autorizó a publicar la información en el *Star*. Pero eso no era todo. Le informó de la llegada de un segundo mensaje a manos de la policía. Éste iba fechado el mismo domingo día 30, depositado en correos en igual fecha, y se trataba solamente de una tarjeta postal apresuradamente escrita, con un texto mucho más breve que el anterior, aunque igualmente siniestro:

> No bromeaba, querido jefe. Ya le dije que Jack se pondría a trabajar a la primera ocasión. Esta vez el acontecimiento ha sido doble. La primera de mis víctimas grito un poco. No pude terminar mi labor. No dispuse de tiempo para procurarme las orejas con destino a la policía. Gracias por haber retenido mi carta anterior, hasta el momento de echarme a la calle nuevamente.
>
> Jack el Destripador.

El día primero de octubre, el *Star*, junto con otros diarios londinenses, publicaba esa información a primera plana, con grandes titulares, dibujos e incluso fotografías de los lugares donde aparecieran las dos víctimas.

CAPÍTULO VIII

—Caballeros, estamos en una horrible situación. Tal vez por eso les he invitado hoy a tomar el té en mi casa. Quería discutir el asunto con todos ustedes.

Dicho esto, el coronel retirado August Freeman contempló a sus invitados por encima de su roja nariz abultada y sus frondosos y marciales bigotes canosos, mientras daba vueltas a la cucharilla en su taza de té con limón.

Los cuatro invitados se miraron entre sí, revelando cierta perplejidad en su rostro. Solamente Amy Freeman permanecía al margen, a un lado de la mesa, sirviendo a los hombres reunidos allí, en el confortable y coquetón *living* de los Freeman.

Ian McCarthy estaba sentado entre el actor Brian Quayne y el escultor y pintor Edwin Harris. El enfermero Norman Murphy se acomodaba más allá, a la derecha del propio coronel Freeman.

—Señores, he estado en muchos lugares difíciles a lo largo de mi vida. He tenido que enfrentarme a revueltas indias en el norte del país, y he luchado en Karihoum y en los desiertos egipcios, y he aprendido a saber: lo que es el peligro e intuir su proximidad. Pues bien, éste es uno de esos casos, aunque en Londres no tengamos guerra alguna en estos momentos.

Hizo otra pausa, se atusó los bigotes con majestuosidad, tomó un sorbo de té y prosiguió, ante el silencio expectante de sus inquilinos e invitados:

—Caballeros, hay peligro aquí, en Whitechapel, en nuestra vecindad. Existe un asesino que anda suelto por estas calles y asesina impunemente a esas desgraciadas mujeres que deambulan de noche en busca de unas miserables monedas. No defiendo en absoluto ese medio de vida, pero creo que tampoco es razón para que un cobarde criminal las destripe salvajemente en cualquier oscuro rincón. Un buen amigo mío, George Lusk, se ha ofrecido a

presidir el comité de vigilancia de Whitechapel, y creo, como él, que todos debemos colaborar en tan noble y meritoria tarea, en defensa de la Ley, la Justicia y la grandeza del imperio[8]. Personalmente, ya formo parte de ese comité. Quisiera pedirles a ustedes, como vecinos que ahora son de este barrio, que también se inscribieran como tales.

—¿Y qué actividades ejercerá ese comité, coronel? —Quiso saber el enfermero Murphy, con tono desconfiado.

—Las naturales en una corporación de tal carácter, por supuesto —los agudos ojos azules del coronel le miraron bajo sus hirsutas cejas blancas—. Ya que la policía parece incapaz por sí sola de garantizar la seguridad de nuestro vecindario, seremos nosotros quienes colaboremos, montando grupos de vigilancia por turnos y horarios compatibles con nuestras actividades. Es lo único que se pide de quienes acepten la tarea: entusiasmo, celo y civismo.

—¿Irán armados? —Indagó Harris, precavido.

—Por supuesto. Hemos concertado ese punto con las autoridades. Nada de armas de fuego, pero sí objetos contundentes, medios defensivos más que ofensivos, naturalmente. Y nunca irá solo ningún vigilante, sino en grupos de tres como mínimo. Es la forma de asegurar una posible acción contra el asesino.

—No sé —rezongó Quayne, ceñudo, meneando la cabeza—. Nunca me gustó la violencia.

—A mí tampoco —le replicó agriamente el coronel—. Pero la guerra es violencia, muchas veces por culpa de los demás. Esto es como una guerra.

—Usted habla como militar, coronel —le objetó Harris.

—Hablo como ciudadano, señor Harris —se ofendió Freeman altivamente—. Sólo como ciudadano inglés. Algún maldito extranjero se ha metido en nuestras islas para traer el pánico y la sangre a ellas.

—¿Por qué un extranjero? —se interesó risueñamente McCarthy.

—Pero ¿es que lo dudan ustedes? ¿Quién, salvo un maldito extranjero, podría comportarse así, asesinando sin piedad a nuestras mujeres, aunque éstas sean desdichadas rameras?

—Que yo sepa, también hay asesinos ingleses —comentó a su vez el enfermero Murphy con cierto sarcasmo nada xenófobo.

—Bien, bien, no es ése el caso que discutimos ahora —trató de

evadirse ásperamente el viajo militar—. Lo cierto es que estoy seguro de que se trata de encontrar a un extranjero, y eso basta. Ahora de lo que se trata es de que ustedes acepten formar parte de ese comité cívico o no. ¿Cuál es su respuesta, señores?

De nuevo se miraron entre sí, perplejos. Obviamente, ninguno de ellos parecía dotado de condiciones para ejercer tal actividad de vigilancia. Ian giró la cabeza. Su mirada se cruzó con la de Amy. Había en los dulces ojos de ésta una cierta lucecilla irónica y divertida, como si comprendiera sus apuros.

—Está bien —aceptó bruscamente Ian—. Yo ingresaré en ese comité, coronel.

—Vaya, mi querido amigo —se sorprendió el actor Quayne enarcando mefistofélicamente sus cejas—. ¿Quiere hacer el papel de héroe en esta farsa?

—Quiero cooperar, señor Quayne, eso es todo. Claro que tengo trabajo con mis estudios, pero puedo dedicar a la tarea un mínimo de tres o cuatro horas cada noche.

—Es más de lo que esperaba —el coronel se dignó dirigirle un asomo de sonrisa bajo sus bigotes—. Gracias, señor Daniels. Usted sí es un inglés digno de tal nombre. Dios le bendiga, hijo.

—Bueno, apúnteme también a mí —gruñó de mala gana Edwin Harris—. Pero no esperen demasiado de mi heroicidad.

—Yo no puedo inscribirme —objetó Murphy—. Trabajo de noche en el Hospital de Blackfriars. Si acaso, sólo los sábados.

—¿Los sábados noche? —se interesó vivamente Ian—. ¿Usted tiene libre esos días?

—Sí, ¿por qué se extraña? —Había cierta belicosidad en el tono del enfermero rubio.

—No, por nada —eludió Ian, evasivo su tono—. ¿Va a patrullar precisamente en su noche libre, Murphy?

—¡Qué remedio! —suspiró el enfermero—. Todo sea por merecer el título de buen ciudadano británico…

—Yo no me inscribo —decidió abruptamente Quayne. Y el actor añadió con menos énfasis, a modo de disculpa—: Tengan en cuenta que empiezo a trabajar en el Vaudeville mañana por la noche. No quiero perder mi puesto por esa tontería de convertirme en policía honorífico.

—Allá usted con su conciencia, señor Quayne —la voz del

coronel sonó fría como el metal—. Caballeros, agradezco su voluntad. Por favor, firmen este documento. Será su inscripción formal en el comité. Estoy seguro de que al señor Lusk van a darle una gran alegría.

Harris, Murphy y McCarthy firmaron. Quayne, dignamente, fue hacia la salida, sin haber probado apenas su taza de té. Ya en el umbral, emitió un comentario venenoso que sorprendió a todos:

—No pierden demasiado con mi renuncia. El señor Murphy puede serles doblemente útil, puesto que patrullará los sábados por la noche, que es su fecha libre. ¿Se han dado cuenta de que el «Destripador» siempre mata a sus víctimas en sábado o víspera de fiesta?

Y abandonó la estancia sin dignarse añadir más. Murphy palideció, encajando las mandíbulas, pero no hizo comentario alguno. Harris se apresuró a pronunciar una rápida despedida y abandonó la vivienda de los Freeman, en la planta baja del edificio.

También Murphy se marchó inmediatamente después. Ian fue el último en abandonar la vivienda. Amy le ofreció, tímida:

—¿Otra taza de té, señor Daniels?

—No, gracias —rechazó éste. Miró al coronel y a su hija, para decir luego con tono grave—: Desearía hablar con ustedes de algo que no me gusta nada.

—¿De qué se trata, mi joven amigo? —le animo cordialmente el coronel—. ¿Es algo que yo pueda resolver?

—No, señor, no se trata de eso. Es referente al «Destripador».

—Vaya, parece que ese tema empieza a obsesionarnos a todos. Puede decirme lo que sea.

—Coronel, ¿cuánto tiempo llevan en su casa mis tres vecinos?

—¿Ellos? —Las cejas canosas se arquearon con perplejidad—. ¿A qué viene esa pregunta, señor Daniels?

—El otro día, el señor Harris me mostró un retrato imaginario que había pintado del asesino de Whitechapel. De repente, alguien mencionó un nombre: «el destripador». Y él lo adoptó como nombre del criminal, escribiéndolo en pintura roja al pie del cuadro.

—Vaya, eso es interesante —los ojos del viejo militar le escudriñaban fijamente—. ¿Adónde quiere ir a parar?

—Usted lo sabe, señor. Sólo días después, la policía recibe un mensaje firmado por «Jack el Destripador». No puede ser casual.

—Tal vez no lo sea. Alguno de nuestros inquilinos pudo sentir afán de notoriedad, falsificando un mensaje del criminal, ¿no?

—No. Está comprobado que sólo el asesino conocía ciertos detalles del caso. Es un mensaje auténtico.

—Eso es peor —la mirada del militar centelleo—. ¿Está dando a entender que uno de ellos puede ser «el Destripador»?

—Sabe que sí, coronel. Eso trato de dar a entender.

—Ya —Freeman se frotó el mentón, pensativo. Su hija estaba pálida y con expresión angustiada—. Mi querido amigo, cualquiera de ellos podría ser ese «Destripador». Sólo llevan aquí dos o tres meses el que más. El señor Murphy es el más antiguo de todos. Y no llega a los cuatro meses. Lo que lleva en ese hospital. Luego llegó el señor Quayne. Y, finalmente, el señor Harris. ¿Eso le aclara algo?

—No mucho. Sigo como al principio, coronel.

—Lo imaginaba, señor Daniels —la expresión del militar era ahora particularmente curiosa—. Por cierto… Usted también podría ser sospechoso, a pesar de ser quien sugiere esas sospechas.

—En efecto —rió suavemente Ian—. Acertó, señor. No eludo mi papel de sospechoso en la farsa… o tragedia que estamos viviendo.

—Era sólo un comentario cáustico, amigo mío —el padre de Amy meneó negativamente su cabeza—. Sé que usted no es «el Destripador». Pero en todo caso… ¿quién es usted?

—Ian Daniels, estudiante de literatura, ya lo sabe —sonrió él enigmáticamente.

—Eso es lo que usted dice y consta oficialmente en su contrato de arrendamiento, pero ¿cuál es la verdad? Usted no es lo que dice ser, amigo mío, estoy bien seguro de ello.

—Bien, no puedo negar que es usted un hombre inteligente y observador —suspiró Ian, con aire de enemigo vencido en buena lid —. Sobresaliente para su estrategia, coronel. Me ha ganado la batalla. No me llamo Daniels ni soy estudiante.

—Estaba seguro de ello —las pupilas del militar se achicaron—. Espero su verdad, sea cual sea.

—Es muy simple. Me llamo Ian McCarthy. ¿Eso le dice algo?

—Ian McCarthy… —repitió pensativo, muy lento, el coronel Freeman—. McCarthy… ¡El *Star*! Eso es… Usted, usted es el columnista del *Star*… ¿Es eso?

—Sí coronel. No creí oportuno revelar mi identidad real. Lo

siento. No he sido honesto con ustedes. Pero estoy aquí siguiendo la pista a una noticia. Y a un asesino. No era prudente descubrir todas mis cartas.

—Está bien, no tiene que disculparse, hijo —el coronel se aproximó y le palmeó el hombro—. Me gusta su columna del *Star*. Es usted un informador honrado y sensato, no uno de esos que echan carne a la fiera. Pero debió decírmelo desde un principio. No me caen bien los escoceses, usted lo sabe. Sin embargo, leo siempre su columna. Me gusta. ¿Ha sido casual su llegada aquí o seguía la pista de alguno de esos caballeros vecinos nuestros?

—Totalmente casual, se lo aseguro. Sólo que ese incidente de la palabra «destripador» me ha hecho comprender que uno de ellos podría ser el asesino.

—¿Recuerda quién pronunció inicialmente tal palabra?

—Sí. Brian Quayne, el actor.

—Ya. ¿Cree que es él?

—Podría serlo. Pero también pudo adoptar uno de los otros esa idea de Quayne como propia.

—¿Harris?

—Ése, al menos, la adoptó para su retrato.

—¿Murphy?

—Es enfermero y estudia cirugía. Tiene un buen equipo de bisturíes en su maletín.

—Ya veo —resopló Freeman—. Los tres son igualmente sospechosos. Puede ser cualquiera de ellos. Pero no sabe cuál.

—Exacto, coronel. Exacto…

Empezaban a encenderse las luces de gas en las calles del East End. Hasta los faroleros iban deprisa, como si temieran verse en plena calle durante la noche, pese a que hasta el momento sólo las mujeres habían peligrado en Whitechapel. En realidad, el ambiente de terror se respiraba por doquier. Las mujeres, incluso las que llevaban cestas de compra a sus casas, o las que iban acompañadas por su respectiva pareja masculina, cruzaban con rapidez por las aceras, de regreso a sus hogares. De las cantinas, en otro tiempo alegres y bulliciosas, escapaban con rapidez sus clientes, en especial los femeninos, sin esperar a que las sombras de la noche se acentuaran demasiado sobre la zona este de Londres.

Ian caminaba al lado de Amy Freeman, por la acera de

Bishopsgate, observando cuanto sucedía a su alrededor con aire distraído. Del brazo de la joven colgaba una cesta vacía. El paso de ella, involuntariamente acaso, era también apresurado, como el del resto de mujeres que deambulaban por el barrio.

—De modo que era usted un personaje famoso en Londres, y nosotros sin saberlo —comentó ella con tono curioso.

—Tanto como famoso, no —sonrió él—. Pero lo cierto es que no creí oportuno pregonar que era periodista. A veces se tropieza uno con problemas a causa de esa profesión.

—¿Pensó que no le alquilaríamos el piso?

—Fue una de las razones. La otra era el asesino.

—Sí, entiendo. Quizás haya sido mejor así. Creo que nadie sospecha realmente su verdadera identidad, señor Dan… quiero decir, señor McCarthy.

—En eso se equivoca. Estoy seguro de que alguien sí sospecha.

Ella le miró dubitativa, con cierta preocupación en el semblante.

—¿El criminal? —sugirió.

—Por supuesto. No es ningún tonto. Debe recelar de mí…

—¿Y aun así va a seguir viviendo en nuestra casa?

—¿Por qué no habría de hacerlo?

—Puede ser peligroso…

—Quizás —se encogió de hombros el joven reportero—. Pero no creo que «el Destripador» me asesine a mí. Sería romper con su método. Y parece, por encima de todo, un hombre muy metódico.

—Pero que puede ver un riesgo en su presencia.

—Todavía no soy ningún riesgo para él, y debe saberlo. No se puede ir a la policía y acusar formalmente a un hombre por simples sospechas o deducciones sin fundamento.

—Pero usted está seguro de que él es uno de nuestros tres inquilinos.

—Sí, eso sí. Sin embargo…

—¿Qué? —Indagó ella, mirándole.

—No, nada —suspiró, evasivo, meneando la cabeza—. Es sólo algo que danza en mi cabeza. Una idea inconcreta. Tiene que haber algo más. Sólo que no sé el qué…

Llegaron ante una tienda de productos alimenticios cuyos escaparates iluminaban unas lámparas de gas. Había gente dentro, aprovisionándose con premura para volver a sus casas antes de que

cerrase totalmente la noche.

—¿Va a entrar conmigo, señor McCarthy? —indagó Amy suavemente.

—Si no le molesta… Ah, y no vuelva a llamarme «señor McCarthy». Me gusta que me llamen por mi nombre. Ian no está mal.

—Claro que no —sonrió ella—. Ni Amy tampoco. ¿De acuerdo?

—De acuerdo, Amy —rió el joven, invitándola a entrar primero en el establecimiento.

Salieron poco después. La joven llevaba algunos productos en su cesta antes vacía. La marcha de regreso a casa era aún más rápida. Iba quedando poca gente en las calles. Se cruzaron con dos *policemen* que saludaron cortésmente a Amy.

—Empieza otra noche —se estremeció ella de pronto.

—Sí —convino Ian—. Pero hoy no creo que ocurra nada.

—¿Por qué cree tal cosa?

—Porque no es sábado ni víspera de festivo. Esos días parecen ser la debilidad de nuestro «Destripador».

—Pero ahora sabemos que sólo el señor Murphy tiene libre esas noche en el hospital… —musitó ella, preocupada.

—En efecto. Es interesante la circunstancia, ¿no? Se ha hablado incluso de obreros, matarifes o marineros, porque el sábado es día en que suelen atracar más barcos en los muelles. La gente desea fervorosamente que el criminal sea un extranjero, por aquello de nuestra peculiar xenofobia a todo lo que no sea británico. ¿Ha oído la coplilla que se canta por ahí estos días, incluso en boca de los niños? —Y canturreó jovialmente—: *For he might have been a Roosian, a French, a Turk, or Proosian, or perhaps Italian… or ever more likely, a dirty Yank*[9].

—¡Qué barbaridad! —Rió ella—. Sería divertido, si no fuese en el fondo tan trágico.

—Así son las cosas, Amy. He visto marinos americanos que tenían que esconderse corriendo si alguien les miraba mal. En estos días es mala cosa ser extranjero en Londres. Siempre se fija la gente en ellos con sospecha. Incluso ha habido intentos de linchamiento sobre pobres judíos o turcos.

—Dios mío, es como si todos nos hubiéramos vuelto locos, Ian —suspiró la joven con acento horrorizado.

—En efecto. Sin embargo, tal vez «el Destripador» sea el más lúcido y equilibrado de todos nosotros.

—¿Usted cree? —Dudó ella—. Tiene que estar rematadamente loco, para hacer lo que hace. Y esas horribles cartas que ha escrito a la policía…

—¿Las ha leído? Son interesantes. Revelan una mente clara y un macabro sentido del humor. Pero en absoluto locura. Un médico de Scotland Yard, especialista en neurología, estuvo de acuerdo conmigo. Es posible que ese hombre no esté loco en el sentido que damos habitualmente a la palabra. Como antes dije, tiene métodos en sus horribles actos. Es como si hubiera un móvil oculto, una razón para hacer lo que hace. Y el loco no necesita móvil alguno para actuar, no lo olvide.

—Tal vez tenga razón, pero en el fondo tiene que existir una tara mental para cometer tales horrores.

—En eso estamos de acuerdo. Una tara mental, sí. Posiblemente un odio irracional a cierta clase de mujeres. ¿Pero por qué? ¿Una venganza? ¿Un modo de tomarse la revancha por algo? Es algo que tal vez nunca lleguemos a saber. Pero eso no significa necesariamente demencia… Bien, hemos llegado.

Se detuvieron ante la puerta de la casa. La joven le miró con simpatía y gratitud.

—Gracias por haberme acompañado —dijo con sencillez—. Eso me hizo sentir mucho más tranquila. ¿Sube usted a casa? ¿O quiere pasar a tomar un oporto con papá?

—No, gracias —sonrió Ian—. No quiero hacer sufrir a su padre soportando a un odioso escocés en casa demasiado tiempo. Además, tengo cosas que hacer en el periódico. Tomaré un carruaje para la redacción. Ha sido un placer acompañarla, Amy. Procure siempre salir a pleno día. No creo que «el Destripador» intente dañarla a usted, pero siempre es preferible tomar precauciones.

—Lo recordaré —asintió ella—. En lo sucesivo, procuraré traer toda la compra por la mañana. Buenas noches, Ian.

—Buenas noches, Amy.

Se despidió de ella, alejándose cuando la joven hubo cerrado la puerta de su vivienda. Al volverse, casi se tropezó con el fornido hombretón de uniforme que permanecía en la acera, tras de él.

—Oh, disculpe —se excusó—. No había notado su presencia,

agente…

—No tiene importancia —sonrió el otro, meneando la cabeza sobre la que ajustaba el tradicional casco de *policeman*—. Usted es el nuevo inquilino del coronel Freeman, ¿verdad?

—En efecto —asintió Ian—. He acompañado a su hija en prevención de cualquier peligro…

—Hizo bien. Éste es un mal barrio ahora. Soy el constable Whitby, de la comisaría de Bishopsgate. Creí verle la otra noche, con el inspector Abberline. ¿Es usted periodista?

—Sí, del *Star*. Escribo sobre el asunto del «Destripador».

—Lo imaginaba —resopló el constable. Tenía un bigote rojo, como un cepillo, y los ojos muy claros y perspicaces—. Maldito asunto ese… La otra noche estuve a punto de dar un patinazo terrible, por culpa del dichoso «Destripador». Algo que hubiera podido significar el fin de mi carrera.

—¿De veras? —Ian le contempló con extrañeza—. ¿Tan grave fue eso, constable?

—Y tanto —Whitby se puso a caminar a su lado, hacia la parada de los coches de punto—. Fue la noche en que mataron a esas dos pobres mujeres. Cerca de Berner Street, donde apareció asesinada «Long Liz», ya sabe, Elizabeth Stride.

—¿Qué ocurrió?

—A los gritos de ese buhonero del club socialista, acudí con toda la rapidez posible, porque estaba de servicio esa noche. Entonces vi a alguien que caminaba presuroso por Commercial Road, pegado a la pared, y le eché el guante. El individuo no opuso la menor resistencia, y se entregó sin discusión. Yo traté de identificarle, antes de entregarlo a mis superiores. Y eso me salvó, amigo mío.

—¿Por qué?

—Porque cuando le iluminé el rostro y me mostró sus documentos, casi me da un colapso. Era una persona importante, demasiado importante para cometer un error con ella, ¿comprende?

—No del todo, constable. «El Destripador», podría ser una persona importante, después de todo. Recuerde que se le describe como un caballero de buen aspecto, tal vez un médico o un hombre rico.

—Lo sé, lo sé. Pero diablos, si supiera usted quien era el hombre en cuestión…

—¿Tan importante era? —Ian frunció el ceño.

—Uf —resopló el policía, congestionándose su rostro con el solo recuerdo de aquel incidente—. No puedo decírselo, porque usted es periodista y no guardaría el secreto, pero…

—Tiene mi solemne palabra de honor, constable Whitby de que jamás repetiré lo que me diga usted ahora confidencialmente. No soy de esa clase de periodistas.

—Bueno, después de todo… incluso usted podría verse metido en líos si lo publicara. Es demasiado delicado para airearlo en los periódicos… Lo cierto es que el caballero a quien yo quise arrestar, era un aristócrata que venía de una discreta juerga amorosa. Eso sí me chocó.

—También «el Destripador» podría ser un aristócrata.

—Sí pero no esa clase de aristócrata, por Dios. ¿Sabe de quién se trataba? —Se inclinó y vertió confidencialmente en su oído el mágico nombre—. ¡Nada menos que Edmond, el Duque de Lawrence, sobrino de Su Majestad, la Reina!

Ian emitió un silbido de asombro y miro con estupor al constable Whitby. Alzó su mano hacia un cochero para advertirle de que tomaba su carruaje.

—Cielos creo que sí hizo bien en dejarle marchar —sonrió el periodista—. Era un pez demasiado gordo para sus redes, constable. Ese joven es un juerguista consumado, pero después de todo, es el sobrino de la Reina Victoria y hasta podría ser el heredero de la Corona. Vale más que dejara las cosas como estaban, amigo mío. Gracias por la información. Le aseguro que no pienso hacer uso de ella, ni mucho menos.

Y subió al carruaje, alejándose hacia el centro de la ciudad, donde se hallaba la redacción del *Star*.

CAPÍTULO IX
(Diario del Destripador V)

Estoy preocupado. Bastante preocupado.

Las cosas se ponen más difíciles por momentos. Noto que el cerco se estrecha, porque hay demasiada gente ya tras de mis talones. Aun así, sé que todavía puedo burlarles.

Acabo de escribir esa divertida carta a George Lusk, el miembro de ese flamante comité de vigilancia de Whitechapel. Es una broma que estoy seguro no sabrán entender, e imaginarán que soy un terrible caníbal o un loco de atar. Son pocas líneas, pero graciosas:

> Desde el infierno, le envío, señor Lusk, la mitad del riñón que tomé de una mujer, que conservé para usted, después de freír el otro trozo. Estaba muy bueno.

Seguro que va con la carta a la policía, lleno de terror, y que los periódicos no tardan en publicarla. Sólo ese McCarthy no se creerá una sola palabra, por supuesto. Es un tipo que me inquieta, pero me cae bien. El periodista más inteligente que escribe sobre mi persona. A veces, incluso demasiado inteligente.

Pero hay que aceptar el reto deportivamente. Sé que soy mejor que todos ellos. Este es el momento de demostrarlo, de dar el golpe definitivo. Ahora que todo Londres parece estar en pie de guerra. Ahora que todo el East End hierve de policías y vigilantes civiles, sería magnífico asestar otro golpe teatral.

Pero éste requiere más tiempo. No puede ser precipitado ni erróneo. Debo medir cada uno de mis pasos cuidadosamente. Lo más hermoso de mi obra sería que quedase terminada sin que me hubiesen llegado a aprehender, ni tan siquiera a identificarme ni remotamente.

He pasado por dificultades últimamente, sobre todo la noche del doble asesinato. A punto estuvo de derrumbarse todo, por culpa del carruaje de aquel maldito buhonero, en la calle Berner.

Lo de da plaza Mitre fue más sencillo. Aquella mujer estaba borracha como una cuba. Ni siquiera advirtió mi presencia hasta que fue demasiado tarde para ella.

Y hora voy a entretenerme en componer un poema para la policía. Será otra divertida experiencia. *Sir* Charles Warren, va a tirarse de los pelos cuando lo reciba. Vaya si lo haré. El pobre diablo debe tener pesadillas por mi culpa. La prensa pide su cabeza, el Gobierno le interpela en el Parlamento, la gente le insulta en las calles… Y todo ello por mi causa. Todo porque no puede dar caza a Jack el Destripador.

Dejemos ahora de divagar sobre todo esto. Mientras planeo mi decisivo golpe, que llegará dentro de cierto tiempo, voy a ir escribiendo ese poema que se me ha ocurrido. Es ingenioso, y hasta revelador. Pero son tan estúpidos, que ni siquiera advertirán en él nada de particular. Si acaso, como máximo, lo asociarán con las tonterías que dicen los periódicos sobre mi hipotética identidad, eso será todo.

Pero todos los periódicos se equivocan conmigo. No soy lo que dicen. No se aproximan siquiera ni remotamente a la verdad. Estoy cada vez más seguro de que me escaparé de entre sus dedos como si fuese agua…

Pero dejemos ahora este diario para empezar a escribir el poema para *Sir* Charles.

CAPÍTULO X

—¡Es intolerable, absurdo y vergonzoso! —bramó el jefe de policía de Londres, descargando un golpe violento sobre su escritorio.

El inspector Abberline, el doctor Upenshaw, del Hospital de Londres, y el reportero del *Star*, Ian McCarthy, presentes en el despacho de *Sir* Charles Warren, se miraron entre sí con expresión de circunstancias ante el repentino estallido de ira de un hombre tan flemático como el responsable principal de toda la policía londinense.

Con el semblante enrojecido todavía por la ira, *Sir* Charles trató de dominarse lo mejor posible, tomó asiento, y habló a sus acompañantes con tono más sosegado:

—Les ruego me perdonen, caballeros. Pero resulta lógico, dada la situación, que uno tenga de vez en cuando un estallido de cólera. Resulta difícil controlar los nervios en momentos como éste.

—Le comprendo perfectamente, *Sir* Charles —aceptó el doctor con cortesía—. Creo que nadie en su lugar podría ser más moderado en sus reacciones. Es irritante comprobar que alguien se permite desafiar de ese modo no sólo a la policía inglesa, sino a toda la fuerza de un Gobierno. Le aseguro que incluso entre nosotros, los médicos, la posibilidad de que sea uno de la profesión quien se esconde tras la identidad del «Destripador», ya logra sacarnos de nuestras casillas.

—De todos modos, mi deber es mantener la serenidad, doctor —suspiró *Sir* Charles Warren—. Le ruego que siga con su informe. ¿Decía usted que el riñón recibido por el señor Lusk, de Whitechapel…?

—Es, ciertamente, un órgano humano, no animal. Y un órgano que coincide con los datos de la mujer destripada en la plaza Mitre. Corresponde a una mujer de esa edad, y posee claros indicios de

sufrir la enfermedad de Briaht, lo mismo que el riñón que le quedaba a la infeliz en el cuerpo. Es decir, un mal crónico, producido por el exceso de bebida. Además, el trozo de arteria renal del medio riñón enviado por correo por ese monstruo al señor Lusk, coincide también con el del cadáver. No hay duda: es una parte del riñón de Catherine Eddowes.

—Dios del cielo, ¿se dan cuenta? —Bramó el jefe superior de policía, abriendo sus manos expresivamente—. Se permite el lujo de llevarse un riñón y enviar la mitad al señor Lusk, como un desafío. ¿Sera posible que también sea caníbal ese canalla?

—Lo dudo mucho, *Sir* Charles —terció Ian McCarthy, respetuoso pero firme—. Sigo pensando que nuestro enemigo tiene un peculiar sentido del humor que le hace pintarse peor aún de lo que es.

—Sí, es posible que así sea. De todos modos cuando esto se publique, va a ser el hazmerreír de todos nosotros.

—Por desgracia, la vecindad del señor Lusk se enteró ya de ello, puesto que el pobre hombre lanzo un grito capaz de atravesar todos los muros, cuando se encontró con el contenido del paquetito postal ante sus narices —resopló el inspector Abberline—. A estas horas, todo el mundo en Londres comenta la noticia. Saldrá en los periódicos de mañana, igual que ese poema…

—¡El poema! —rugió ahogadamente *Sir* Charles, enrojeciendo de nuevo—. Esa es otra… Nada menos que un poema dirigido a mí persona… ¿Lo han leído?

—Sí, *Sir* Charles —admitió Abberline inclinando la cabeza.

—Yo no —manifestó McCarthy, curioso.

Sir Charles no dijo nada. Miró sobre su mesa, tomó un papel y se lo tendió a Ian. Éste examinó la hoja de papel vulgar, sin distintivo especial alguno. Y la letra cuidada, pulcra y bien trazada, escrita sin duda por un hombre culto.

Era un poema breve y sin nada especial, salvo su irónico fondo, pero también revelaba a alguien que no podía ser un iletrado, ni mucho menos. Leyó en silencio:

> No tengo tiempo para revelaros cómo me convertí en asesino. Pero ya sabréis, llegado el momento, que soy uno de los pilares de vuestra propia sociedad.

—Curioso —manifestó, devolviéndoselo a *Sir* Charles—. Muy curioso…

—¿Qué se puede entender por «uno de los pilares de la sociedad»? —gruñó Abberline, frunciendo el ceño.

—Evidentemente, alude a su persona —comento Ian—. La sociedad tiene muchos pilares. Parece querer decirnos que no es un cualquiera, un vulgar y oscuro maleante o un hombre de la masa.

—Puede ser fatuidad, simple engreimiento —objeto Abberline.

—Pero ésa es la letra de un hombre culto. Y la redacción no sólo es correcta, sino bien medida.

—McCarthy tiene razón —apoyó *Sir* Charles enjugándose la transpiración—. Estamos frente a un individuo no solamente listo y cruel, sino perfectamente ajeno al mundo del hampa. Un loco, un psicópata o un maniaco religioso tal vez, no lo sé. Se ha fijado la meta de combatir a su modo la prostitución y el vicio, y parece irlo cumpliendo paso a paso, si es que es así. Tiene sentido del humor, agudeza y hasta brillantez, aunque sin duda no desea tampoco delatarse excesivamente en sus escritos. En suma, veo cada vez más difícil aprehender a ese hombre por los métodos tradicionales en nuestro trabajo.

—¿Qué se puede hacer, en tal caso? —Se lamentó Abberline.

—Nada inspector. Seguir la rutina, aunque no nos conduzca a ninguna parte. Sólo faltaría que la gente no viese en nosotros signos de actividad, para que pidieran nuestras cabezas ante Buckingham Palace. Pero sin hacernos ilusiones. Esperando un nuevo ataque, quizás. O un error, un paso en falso del «Destripador». Después de todo, es un ser humano. Tiene que equivocarse alguna vez. Hemos de confiar en ello, o nunca daremos con él. No era una conclusión optimista, ni mucho menos. Pero Ian tuvo que admitir para sí que *Sir* Charles era absolutamente realista. Tal como estaban las cosas, no se podía confiar en milagros.

—Ya sabe que puede publicar en su periódico todo esto —dijo Abberline a Ian cuando abandonaban juntos el despacho de *Sir* Charles—. Excepto las últimas palabras de *Sir* Charles, naturalmente.

—Sólo pienso comentar lo de ese poema —dijo Ian distraído—. Los demás colegas se ocuparán de darle mucha más trascendencia a la macabra historia del riñón, pero a mí eso no me seduce.

—Usted es un periodista diferente a los demás, McCarthy —comentó Abberline, mirándole—. No le gusta el sensacionalismo, ¿verdad?

—Nunca me gustó. Sé que «el Destripador» no es ningún caníbal y que lo único que hace es burlarse de nosotros. Pero resulta necio darle a ese macabro envío más importancia de la que tiene. Yo considero que, en todos los terrenos, es infinitamente más importante el poema últimamente enviado.

—Parece fascinarle a usted ese poema. ¿Ve algo especial en él?

—Sí. Pero no sé lo que es. Juraría que está ahí, diciéndonos algo con toda claridad. Algo que se nos escapa, sin embargo.

—Es posible. Quizás alguno de sus lectores pueda darnos una idea.

—Lo dudo. A los lectores les atrae siempre más la información sangrienta y truculenta, no el matiz. De todos modos, lo publicaré. E incluso tal vez lo comente de alguna forma… Buenas tardes, inspector. Vuelvo a Whitechapel. Creo que no hay nada mejor que seguir la pista sobre el terreno.

—Le deseo suerte —comentó con cierta ironía el policía—. Toda la que nosotros no tenemos, amigo McCarthy…

Ian sonrió, alejándose. En su mente, seguía dándole vueltas a aquella última misiva del «Destripador», con su misterioso poema incluido.

Y estaba cada vez más seguro de que en ese poema había mucho más de lo que parecía. Sólo que no lograba encontrarlo.

* * *

El Vaudeville abrió sus puertas. El público comenzó a salir a la calle, mojada por la lluvia y por la niebla. Las luces de las farolas eran como halos fantasmales perdidos en la densa niebla.

Pronto se dispersaron, tomando sus carruajes o alquilando otros, para alejarse lo antes posible del East End. A nadie le seducía la idea de permanecer mucho tiempo en sus calles.

Sólo Ian McCarthy se quedó en la acera, solo y pensativo, tras asistir a la representación de aquella noche. Había visto trabajar a Brian Quayne en la obra. Un papelito breve y casi ridículo.

Incluso le hacían cantar con pésima voz una tonada, y bailar con escasa gracia. Pero no era mal actor, después de todo. La gente se había reído con algunas de sus frases más cómicas.

Echó a andar Ian calle abajo. Era sábado. Una noche de sábado en Whitechapel. Las noches predilectas del «Destripador». Pero él no temía que el criminal cambiara de aficiones y pudiera matarle a él.

No era fácil ver en la niebla, demasiado espesa aquella noche pero pudo colegir fácilmente que muy pocas personas deambulaban por la zona. Especialmente, ninguna mujer. Las habituales en esquinas o callejones, que asomaban mostrando sus pintarrajeados rostros y sus abultados pechos para llamar al cliente, brillaban por su ausencia. Todas ellas tenían miedo al «Destripador». Sabían que eran ellas sus víctimas preferidas.

Había querido ver a Quayne para comprobar si, realmente, era un actor profesional. Parecía ser que sí. Claro que eso no le descartaba del grupo de sospechosos ni mucho menos. Un actor puede ser un pilar de la sociedad. Como lo sería un médico, un artista o un abogado. Pero difícilmente podía considerarse a sí mismo «pilar de la sociedad» un simple enfermero de noche que estudia cirugía.

¿O Norman Murphy era algo más que un simple enfermero? Después de todo, era poca cosa la que sabía de todos sus vecinos. Harris era pintor y escultor, pero no era famoso. Murphy era un oscuro enfermero. Quayne un actor habitualmente parado.

Y uno de ellos, casi seguro, era «el Destripador».

Cierto que era poca evidencia la coincidencia con aquel nombre mencionado por Quayne y escrito por Harris en su cuadro incompleto, pero ¿no era demasiado casual que dos personas diferentes tuvieran una misma idea al respecto?

Podía estar equivocado en eso, pero algo le decía que no, que el asesino vivía en aquella casita sencilla y aparentemente inofensiva de Bishopsgate. Uno de sus tres vecinos era el terrible criminal que asolaba Londres. ¿Quién de ellos?

—Buenas noches, señor —le interrumpió una fría y dura voz, surgiendo ante él, en la niebla.

Ian se paró en seco, tratando de ver algo. Solamente una borrosa silueta se perfilaba en la niebla, cerrándole el paso.

—¿Quién es? —indagó con voz cautelosa, llevando la mano al bolsillo donde portaba, como simple precaución no sólo contra «el Destripador», sino contra cualquier maleante nocturno de aquella zona, un pequeño revólver.

—Policía, señor —una lámpara le hirió de pronto el rostro con violencia—. ¿Puede identificarse?

La visión del uniforme del *policeman* le calmó.

—Oh, sí —asintió con un suspiro de alivio—. Ian McCarthy, del diario *Star*. Acabo de salir de Vaudeville.

—Entiendo, señor —examinó sus credenciales, devolviéndoselas —. ¿Va a pie hasta su casa? Es peligroso…

—Lo sé. Voy armado, no tema. Pertenezco al comité de vigilancia de Whitechapel.

—¿Reside usted aquí? —Le sorprendió el policía.

—Provisionalmente. Cuestión profesional.

—Oh, ya comprendo. «El Destripador», ¿verdad?

—En efecto.

—Es la pieza codiciada por todos. Por eso le pedí que se identificase. Es sábado, y hay que extremar precauciones. Cualquier caballero que camine solo por estas calles se convierte inmediatamente en sospechoso.

—Lo comprendo muy bien, agente. Buenas noches.

—Buenas noches, señor.

El policía se quedó atrás. La niebla lo engulló, igual que a la luz de su lámpara. La vigilancia era estrecha. Poco después, tenía que identificarse ante una patrulla de vigilantes, sin ser molestado lo más mínimo. Llegó a la casa sin novedad.

Había luz arriba, en una de las ventanas. Miró, pensativo. Era en la primera planta, encima de la vivienda de los Freeman. Allí se alojaba Edwin Harris, el pintor. La luz correspondía a su estudio. Sin duda estaba trabajando en sus lienzos o en sus esculturas.

Cuando subió la escalera, se detuvo un momento en el rellano. Por la rendija de luz de la puerta, a ras del suelo, pasó en dos ocasiones la sombra de unos pies. El suelo de madera crujió en el piso. Sí, Harris estaba levantado, trabajando seguramente.

De pronto, la puerta se abrió. La luz casi le cegó.

Edwin Harris estaba en la puerta. Empuñaba su pincel en una mano. Y en la otra un revólver amartillado.

—Vaya, ¿es usted, Daniels? —Resopló—. Me dio un buen susto. Le oí subir y pararse ante mi puerta. Creí que sería algún merodeador nocturno.

—¿Quién? —Sonrió Ian—. ¿«El Destripador»?

—Oh, no, ése no —rió Harris a su vez—. Su presa son las mujeres ¿Ya lo ha olvidado? No parece cambiar de gustos. ¿Quiere entrar? Estoy preparándome un poco de café para desvelarme. Quiero terminar un cuadro antes de irme a la cama.

—La bohemia eterna —sonrió el periodista, aceptando la invitación. Pasó al piso—. Gracias, Harris. ¿No le molestaré?

—Oh, no. Me servirá de pausa en la tarea. Charlaremos unos minutos, si no le importa.

—Claro que no —miró curiosamente el cuadro puesto en el caballete—. Vaya, veo que ahora pinta algo más bello que el retrato de un asesino…

—Sí —asintió, pensativo, mirando la bella figura de mujer trazada en el lienzo—. Mucho más bello. Es una muchacha a la que conocí. No he vuelto a verla, pero su imagen quedó en mi mente. La pinto de memoria.

—Era muy bonita.

—Mucho —ambos miraron la figura delicada, de suave piel pálida, los ojos claros, el cabello color dorado, su vestido campestre, y el fondo de jardines bajo un cielo brillante de sol—. Me han encargado un cuadro para decorar un salón. Pensé que nadie mejor que ella para llenarlo de luz y de alegría. Por eso la pinto.

—Les gustará, estoy seguro —Ian se sentó en el estudio, viendo cómo Harris hervía el agua y echaba el café—. Esta noche he ido al teatro.

—¿De veras? —Harris se volvió con la risa en los ojos—. ¿Ha visto a mí buen vecino, el señor Quayne?

—Lo he visto. Es buen actor. Pero el papel no es nada.

—El pobre diablo está entusiasmado con él —rió el pintor—. Le prometí ir una noche de éstas. Tal vez el lunes o martes. ¿No estaba Murphy en el público?

—No, no le vi. Tal vez ocupaba otra localidad diferente.

—Tal vez. Dijo que iría. Como esta noche es su fiesta y no entra en ese ridículo comité de vigilantes hasta medianoche… Tal vez cambió de idea y se fue a buscar a alguna ramera barata.

—¿Cree que le gusta eso?

—¿Las mujeres? Parece que sí. Hace unas noches le vi con una mujer que parecía imposible que pudiera cobrar por hacer algo. Aun dando dinero encima, yo huiría de ella como del diablo. Sí, el amigo Murphy parece poco escrupuloso a la hora de elegir alguien con quien irse a la cama. Así es la gente… ¿Toma solo el café, Daniels?

—Sí, por favor. Y sin azúcar.

Sirvió dos tazas y las puso en una mesita, dejando a un lado sus pinceles y pinturas. Se lavó las manos y se sentó frente a su invitado. Le miró al alzar su taza.

—¿Cómo van esos estudios? —preguntó al azar.

—Oh, bien. Estoy escribiendo una serie de capítulos sobre lo que ocurre en nuestra vecindad. Pensé que podría ser una buena experiencia literaria.

—Sigue interesándose por «el Destripador» ¿eh? —Rió suavemente Harris.

—Es un personaje fascinante, ¿no cree?

—Depende de cómo se mire. Si quiere ganar dinero con él, es posible que vaya bien encaminado. Cualquier editor le comprará ese trabajo, si dice usted que ha estado viviendo en el escenario de los hechos y hablado con la vecindad de Whitechapel. Saben que eso se vende fácilmente. Pero como trabajo literario, dudo que tenga algún valor.

Se levantó, fue a por un frasco y tomó tres tabletas con el café. Ian le observó.

—¿Está enfermo? —se interesó.

—Simple dolor de cabeza —suspiró Harris—. Me ocurre siempre que trabajo demasiadas horas seguidas Pero me encanta hacer mi trabajo por las noches.

—A mí también. Ahora escribiré algo antes de dormir —hizo una pausa y explicó—: Yo no quiero relatar los crímenes ni la basura que atrae a la gente ávida de morbo, Harris. Deseo escribir algo diferente.

—¿Diferente? —Le miró, dubitativo—. ¿Qué, por ejemplo? ¿La vida íntima del «Destripador»? Ni siquiera sabemos quién es o cómo es.

—Cierto. Pero si uno es buen observador y psicólogo puede

llegar a conocer a una persona sin saber su nombre ni aspecto físico. Mucho mejor que con sus pinceles o con mi pluma, Harris, tengo hecha en mi mente la imagen del «Destripador» en persona.

—Eso está bien. ¿Cómo es él? ¿Alto, bajo, guapo, feo?

—No es eso lo que interesa de Jack, sino su persona.

—¿Su persona? Temo no entenderle.

—Su mente, su modo de ser, de pensar, de sentir…

—¿Puede usted escribir sobre eso sin conocer su identidad real? —Dudó Harris, con cierta expresión irónica en sus ojos.

—Claro —afirmó lentamente Ian—. Tal vez mejor que conociéndole en persona. Leo los periódicos, me informo de sus actos, de sus misivas a la policía y todo eso. Cada pieza forma un conjunto. Ahora sé que Jack el Destripador, es un hombre sutil, astuto, de amplia cultura, de mordaz sentido del humor, refinado y bastante engreído. Es cruel porque algo le obliga a serlo. Tiene un móvil concreto, sus crímenes no son hechos puramente demenciales ni actos de violencia gratuita. Sin saberlo, pretende decirnos algo a todos. Y nos lo está diciendo.

—Me pasma usted, Daniels. Casi logra convencerme y todo. ¿Qué supone que nos está diciendo, realmente?

—Ése es el punto más oscuro de mi estudio. Sé que nos lo ha dicho ya de alguna forma. Pero no logro aprehender la idea. De todos modos, sé que acabaré dando con ella. Y entonces tendré completo el retrato psicológico, moral y humano, de Jack el Destripador.

—Cuando sea así, dígamelo —rió suavemente el pintor—. La verdad, ha logrado fascinarme con su charla. Le deseo suerte en ese trabajo literario. Usted sirve para eso. Incluso creo que demasiado, para ser un simple estudiante de literatura. Ahora, no le molesto más. Creo que ya he abusado bastante de su bondad.

—No fue nada, Harris —Ian se puso en pie—. Le aseguro que he pasado un rato agradable charlando con usted. Y que incluso me ayudará a ver más claras mis ideas cuando me ponga a trabajar. Buenas noches, amigo mío.

Salió. Harris cerró su puerta con una sonrisa cordial. Ian subió a su pequeño piso interior. Cuando pasó ante la puerta de su vecino, el enfermero Norman Murphy, no sólo vio que había luz dentro, sino que oyó un murmullo de voces. Luego, unos crujidos y una

especie de jadeo femenino.

Murphy no sólo no había ido al teatro, sino que estaba en su piso con una mujer. Seguro que no estaría enseñándole cirugía ni primeros auxilios, pensó con cinismo.

«Eso no les gustaría a los Freeman», pensó para sí, abriendo su puerta.

Y antes de entrar en su piso, aún tuvo tiempo de oír un gritito de mujer que expresaba felicidad, al tiempo que los crujidos de un mueble, seguramente una cama, aumentaban de ritmo.

Harris tuvo razón. Murphy no perdía el tiempo con las mujeres. Incluso era posible que su visita nocturna fuese una ramera de la peor especie. Una como aquellas que mataba «el Destripador».

Cerró, empezando a desvestirse. Bostezó. No, no escribiría nada esa noche. Iba a descansar. Sólo esperaba que la noche del sábado terminara bien en Whitechapel.

Cuando se despertó al otro día para ir al periódico y vio las calles en calma, supo que por esta vez, «el Destripador» no había descargado su golpe habitual.

CAPÍTULO XI

El ocho de noviembre de 1888 también era víspera de festivo. Al día siguiente había desfiles populares organizados por la alcaldía del East End. Las calles estaban ya engalanadas y a punto para recibir al gentío que seguiría la ruta del desfile.

Miller's Court era un punto muy cercano a esa ruta. Sólo distaba de ella cosa de dos o tres manzanas.

Tal vez para que los supersticiosos tuvieran tema sobrado de conversación, el número fatídico fue esta vez el 13. El número 13 de Miller's Court, constituido por una sola habitación que asomaba a un patio de la calle Dorset.

La habitación estaba alquilada por una joven llamada Marie Kelly, por cuatro chelines semanales. Su administrador, echando cuenta el viernes, descubrió que su inquilina se había atrasado en el pago hasta la respetable suma de treinta y cinco chelines.

—Ve al número 13 de Miller's Court y trata de cobrar, al menos, una parte de la renta que debe Marie Kelly —ordenó a uno de sus empleados, de nombre John Bowyer.

Éste cumplió la orden, pero nadie le abrió la puerta pese a sus repetidas llamadas. Como había una ventana rota, Bowyer se asomó a ella, tratando de ver si la Kelly estaba dentro y no quería abrirle al saber a lo que venía. Acostumbraba a pasar con las inquilinas como ella.

Lo que vio, le bastó para salir disparado, con los cabellos erizados, una fuerte sensación de náusea y las piernas temblándole.

Sin saber qué hacer, volvió junto a su patrón y le narró confusamente el suceso. Éste desorbitó sus ojos, corriendo a avisar a la policía sin pérdida de tiempo.

Le tocó al inspector Beck, de la comisaría de Whitechapel, acudir al escenario del suceso. Antes de entrar, imitando al joven Bowyer, introdujo la mano por el vidrio roto y alzó la cortina,

mirando al interior.

Se estremeció, avisando a su compañero, un novato en la policía:

—Por Dios, no mire ahí dentro… No mire…

Había motivos para hablar así. El inspector Beck jamás se había enfrentado con nada semejante. En el acto comprendió que aquello era demasiado para él, y cursó urgentes llamadas al superintendente Arnold, al inspector Abberline e incluso a *Sir* Charles Warren. Fueron ellos los que abrieron aquella puerta cerrada con llave. Y se enfrentaron al horror allí encerrado…

Aquella misma noche, los diarios publicaban la noticia con grandes titulares:

OTRO CRIMEN DEL «DESTRIPADOR».
EL MÁS HORRIBLE ASESINATO
DEL MONSTRUO DE WHITECHAPEL.

Y seguía un detallado relato de lo que la policía encontrara en aquella habitación de Miller's Court, ocupada por Marie Kelly.

Pero todo aquello tenía una segunda y tenebrosa historia que nadie, salvo un solo hombre en Londres, llego a saber. Y eso había sido la noche antes, cuando la muerte alcanzó, implacable y atroz, a Marie Kelly…

* * *

—Entra, querido —invitó Marie Kelly a su acompañante.

Él obedeció, entrando tras de ella en la habitación sórdida del número 13 de Miller's Court.

Era un hombre elegante, con amplio macferlán negro, sombrero de peluche, oscuro, manos enguantadas y un maletín en su zurda, de piel también negra.

—Tiene gracia —dijo ella, riendo, y empezando a soltar los botones de su vestido, sobre los turgentes pechos erectos—. ¿Sabes qué pensé al principio cuando te vi? Que tú eras «El Destripador»… Luego, cuando supe quién eras realmente… es cuando me eché a reír de aquel modo. ¿No es gracioso, amor?

—Mucho —asintió la voz fría tras de ella—. Muy gracioso.

—Vamos, empieza a quitarte ropa —le invitó Marie Kelly—. Vas demasiado abrigado. Esto no es un lugar digno de ti, pero al memos se está caliente. Y más lo estarás cuando te metas en la cama conmigo… Vas a disfrutar como hace tiempo no lo recordabas, cariño. Imagina, si las otras chicas supieran que tengo un amante como tú. Generoso, atractivo y… Pero ¿qué haces?

Acababa de mirar por el espejo, sorprendida, viendo cómo su amante, sin despojarse de sus ropas de abrigo, hundía su mano diestra en el maletín… para extraerla empuñando un instrumento de acero, largo, afilado y puntiagudo, que centelleó a la miserable luz de la lámpara de gas de la habitación.

Encontróse Marie Kelly, a través del azogado cristal, con una mirada fría, cruel, implacable, en un rostro crispado y lívido, extrañamente sereno e inexpresivo. Una repentina sensación de terror la acometió. Giró con rapidez sobre sus altos tacones, para enfrentarse a su acompañante.

—Vamos, no bromees —le dijo con voz temblorosa—. Supongo que es sólo una broma… pero me has asustado. Por Dios, deja eso en tu maletín. ¿Para qué vas armado? ¿Qué… qué haces?

Estaba avanzando hacia ella. Sus dedos se cerraban firmemente sobre el mango del arma. Ella empezó a tener auténtico pánico. De repente comprendía que había sido demasiado confiada. Que aquel hombre podía ser «el Destripador», pese a todo…

—¡Por favor, deja de asustarme! —Casi gritó—. ¡Deja eso o chillaré…! ¡No!

Su rostro era una mueca de infinito horror. Los ojos se le desorbitaron cuando él saltó sobre ella como un enorme pajarraco negro. El arma se alzó, centelleante.

Marie Kelly gritó. Agudamente.

Fue el último grito de su vida. Luego, la afiladísima hoja del cuchillo chirrió, al seccionar su garganta de oreja a oreja, cortando sus cuerdas vocales por completo, y silenciándola así para siempre.

El otro brazo del asesino aferró el cuerpo de mujer semidesnudo, con sus pechos bailoteando ante sus helados ojos, y alzó más aún el cuchillo, empezando a rasgar a tajos brutales las mejillas y pómulos de la joven. Porque Marie Kelly, contra lo habitual en la técnica del asesino, era una muchacha de veinticinco años y de rara belleza y atractivo físico.

Cuando terminó con aquel rostro; ya nada bello había en él. Sólo sangre, carne cortada, destrucción y horror.

El cuerpo de la desventurada cayó sobre el lecho salpicando todo de sangre con su tremenda hemorragia. El asesino se inclinó sobre ella. Pese a su furia criminal, nada en él se había descompuesto. No temblaban sus manos ni reflejaba su rostro otra cosa que una fría irá, un implacable afán destructor.

Rápida, certeramente, empezó su espantosa mutilación. Primero le seccionó limpiamente las orejas y la nariz, que arrojó sobre la cama. Después, segó sus dos jóvenes y recios pechos de raíz, dejando dos tremendos círculos sangrantes en el torso de su víctima. Abrió el abdomen y estómago de arriba abajo con la precisión profesional de un matarife o un cirujano. Junto a los pechos, encima de la mesa, situó cuidadosamente sin prisas, los riñones de la joven. El hígado saltó también yendo a caer sobre uno de sus blancos muslos salpicados ahora de sangre. Luego, le arrancó útero y ovarios, desgarro bestialmente su sexo, haciendo cortés profundos en su pubis, y guardó el útero en el maletín, envuelto en un pañuelo.

Después, empezó a arrancar trozos de carne de aquel cuerpo joven y hermoso, convertido ahora en una repugnante carnicería, y los fue clavando en los clavos de la pared e incluso en la cabecera metálica de la cama[10]. Lanzó una sorda imprecación cuando el cuchillo le resbaló, al mutilar el trasero redondeado y duro de la muchacha, y al tocar en un hueso de su cadera, le cortó el guante de la mano izquierda.

Por debajo de la negra piel del guante, broto sangre. Maldijo entre dientes «el Destripador», al verse herido, y cerró la mano para retener la hemorragia. Fue al maletín, y se ató un pañuelo en torno a la mano, taponando el largo corte.

Miró a su alrededor. Estaba pálido y sudoroso el rostro del caballero de negras ropas y mirada cruel. Se tambaleó, apoyándose en la pared y mirando con detalle su sangrienta obra.

—Ya está todo hecho… —jadeó roncamente—. Menos mal que he terminado. Me siento… muy enfermo.

Caminó hacia la salida después, tras cerrar su maletín cuidadosamente, y salió al patio adonde daba la miserable habitación de Marie Kelly, la única prostituta joven y atractiva que

había matado en su carrera criminal. Más tarde hablarían los diarios de Marie Kelly o Marie Jeannette Kelly, como le gustaba a ella ser llamada, la irlandesita de veinticinco años que ya a los dieciséis se había casado con un minero, quedándose pronto viuda y empezando a ejercer la prostitución en Cardiff, para irse luego a París con un joven amante. Casada de Francia, regresó a Inglaterra, y en Londres ejerció su carrera, bebiendo también en exceso. Pero aún no había comenzado su declive cuando él había cortado su vida de raíz.

Pronto el patio de Miller's Court estuvo lejos. Su mano le dolía. Se puso otro pañuelo, acelerando el paso pegado al muro, y fundiéndose entre la niebla cuanto le era posible. Dejó él maletín en un cubo de basuras, como acostumbraba a hacer en ocasiones, para volver ya de día y recogerlo tranquilamente sin que nadie sospechara nada.

Disgustado, observó que había dejado unas gotas de sangre en la acera, fundiéndose con la humedad del pavimento. Apretó la mano con más fuerza y la hundió en un bolsillo, acelerando el paso.

Le detuvieron algo más tarde, en un cruce cercano a la calle Dorset. La luz de un policía alumbró su rostro, totalmente sereno y tranquilo. Sonriente, se identificó.

El policía, bien ajeno a que tenía en ese momento entre sus manos a Jack el Destripador en persona le dejó marchar, saludándole respetuosamente con su mano junto al casco.

Y Jack se perdió en la noche, sin que nadie sospechara lo más mínimo que con aquella sombra oscura y furtiva que engullía la niebla, desaparecía para siempre el que sería el más famoso y temido criminal de todos los tiempos.

Justo en ese momento, fue cuando Ian McCarthy se encontró al fin en su camino con Jack el Destripador.

Fue un encuentro breve, pero revelador.

La única revelación que existió sobre el caso.

CAPÍTULO XII

Ian había observado las gotas de sangre en la acera. Perplejo, se inclinó dando luz al mojado suelo con un fósforo. Tocó con la punta de los dedos aquel líquido oscuro.

—Es sangre —confirmó en voz baja—. Gotas de sangre de alguien que va herido…

Alzó la cabeza. Esa noche le correspondía entrar en turno de vigilancia. Iba a reunirse con los demás miembros del comité cuando descubrió casualmente aquellas gotas oscuras.

Miró en torno, intrigado. Descubrió borrosamente una silueta humana que se fundía allá lejos, en la bruma. Avanzó rápido hacia ella, tratando de seguirla.

Un policía se lo impidió, emergiendo de la oscuridad y la niebla, para pedirle su identificación. Se la dio. Luego le rogó que mirase al suelo con su lámpara. Intrigado, el policía lo hizo.

El potente cono de luz reveló la presencia de las gotas oscuras y el policía comprobó que era sangre. Ian le preguntó, rápido:

—Un hombre acaba de pasar por aquí. Yo le vi. Tuvo usted que verlo también.

—Oh, sí, pero… —el policía mostróse dubitativo—. Él era… bueno, era alguien al margen de toda sospecha, señor, no se preocupe.

—¿Por qué dice eso? —Indago Ian con rapidez.

—Verá, señor. Se identificó satisfactoriamente. Es una personalidad. No sería él quien sangraba. Y si es así, sería accidental.

—Agente, me gustaría saber a quién detuvo usted.

—Señor, ya le dije que no viene al caso. Siga su camino. Eso es asunto mío. Bástele con que ese caballero está al margen de toda posible duda sobre su conducta.

Ian tragó saliva. Y de repente, creyó entender.

La solución se le presentó nítida, clara. La increíble solución, aquello que danzaba en su mente sin tomar forma…

«… Soy uno de los pilares de la sociedad».

Pronunció bruscamente un nombre. El *policeman* se sobresaltó, mirándole asombrado.

—¿Cómo sabe usted…? —Comentó, atónito.

—Es igual, agente. Buenas noches —se despidió, rápido, corriendo a por un carruaje de alquiler.

Subió a él y le dio una dirección determinada, rogándole que se apresurase. El cochero asintió, empezando a cruzar Londres en la brumosa noche.

Fue una larga carrera bordeando el Támesis hasta el otro extremo de Londres. Cuando llegó, Ian descendió apresurándose a tomar posición en un determinado lugar tras pagar la carrera.

Tuvo que esperar casi media hora. Al fin, un carruaje apareció por una calle lateral, avanzando hacia el edificio que Ian vigilaba. El carruaje no se detuvo en el amplio portón, sino que pasó de largo, tras detenerlo un momento el centinela de roja casaca y alto gorro negro. La puerta se cerró tras el recién llegado. Un oficial de guardia se ocupó de ello.

Ian llegó con rapidez al lugar. Cuando el oficial iba a pasar el cerrojo, Ian mostró su credencial de periodista. El oficial le miró con cara de pocos amigos.

—¿Qué desea usted a estas horas en Buckingham Palace? —preguntó con aspereza.

—Ese caballero que entró… Es amigo mío. Se trata de Lord Haversham, ¿verdad? Quedamos en vernos aquí hoy…

—Está usted en un error, caballero. El que acaba de entrar no es Lord Haversham, ni éste reside en palacio tampoco. Se trata del Duque de Lawrence, el sobrino de Su Majestad. Ahora retírese, por favor.

Ian caminó lentamente, alejándose del palacio. Se detuvo donde el centinela parase el carruaje. Había visto asomar la cabeza y las manos de su ocupante. Miró al suelo.

Allí estaban. Eran sólo dos, pero eran suficientes.

Dos gotas de sangre en el empedrado húmedo.

Sangre de Edmond, Duque de Lawrence. Sangre del sobrino de la Reina Victoria. Sangre de Jack el Destripador.

* * *

Se apartó del buzón donde depositara su corto mensaje dirigido al Duque de Lawrence personalmente. Luego, regresó a Whitechapel. Se acostó, tratando de conciliar el sueño. Tardó bastante.

Por la mañana, los gritos de la gente le despertaron. Se asomó al patio. Una vecina lo comentaba a voces con otra.

—¡Ha sido horrible, querida! ¡Otra chica asesinada! Y esta vez era joven… Sí, en Miller's Court, junto a Dorset. Algo espantoso. Dicen que la mutiló de forma increíble. Había carne hasta colgando de las paredes…

Ian se estremeció. Tras afeitarse y vestirse con rapidez, bajó a la calle. La noticia no le sorprendía. Eran los detalles los que le horrorizaban.

Pronto estuvo en Miller's Court número 13. El espectáculo delirante le conmovió. Abberline estaba lívido. Los policías caminaban como sonámbulos de un lado para otro.

—Espantoso… —jadeaba Abberline—. Nunca vi tanto sadismo, tanto ensañamiento…

Ian deambuló por la macabra estancia, observando los detalles escalofriantes de este último y horrendo crimen. Se detuvo junto a la puerta. Se agachó. Había gotas de sangre en el umbral. No era raro, porque toda la estancia aparecía regada de sangre, pero no a gotas, sino en grandes manchas y regueros. Esto era diferente. Salió al patio. Las gotitas seguían su curso hacia Dorset.

Regresó, ceñudo, a la estancia. No hizo comentario alguno. Hubiera sido inútil. Había cosas que nadie podía creer. Sólo esperaba que esta vez fuese la última. Al parecer, «el Destripador» había llegado a su meta final.

Regresó a casa sin prisas. Descubrió que el actor, Brian Quayne, charlaba con el coronel Freeman agitadamente. El tema de la charla, naturalmente, era el nuevo crimen del «Destripador».

Somnoliento, el enfermero Norman Murphy salía de su piso, prestando atención a los vivos comentarios que llegaban de todas partes. Los ojos de Ian se fijaron instintivamente en la puerta que continuaba cerrada. La puerta vecina a la del actor Quayne. La puerta de Edwin Harris, el pintor y escultor, el creador del retrato

del «Destripador».

Esa puerta no se abrió. Lo sabía. Lo esperaba. Amy apareció en su propio umbral mientras Ian miraba al piso alto, tal vez enlazando ideas, pensamientos, retazos de sospechas, presentimientos e intuiciones.

—Ian, ha sido espantoso… —murmuró acercándose a él—. ¿Lo sabe ya?

—Claro. No se habla de otra cosa en Londres —afirmó distraídamente él. Seguía mirando la puerta de arriba—. ¿Ha visto a Harris en algún momento durante la mañana de hoy?

—No, creo que no. Ya sabe que trabaja siempre hasta tarde. Debe dormir ahora…

—Sí. Él siempre ha trabajado a horas muy avanzadas de la madrugada —dijo Ian con tono sarcástico.

Amy le miró vivamente. Una repentina expresión de horror contenido asomó a sus bellos ojos. Su voz sonó ahora insegura:

—No pretenderá dar a entender que es él precisamente quien…

Ian la hizo callar con un rápido gesto, mirando luego al coronel y a los otros dos huéspedes de la casa. La llevó aparte y le pidió en voz baja:

—Quisiera entrar en ese piso, Amy.

—¿En el del señor Harris? —vaciló ella—. No sería honesto…

—Ya lo sé. Tampoco pretendo serlo. ¿No tiene una llave maestra?

—Tengo copias de todas las llaves de la casa. Pero no acostumbro a utilizarlas, salvo en un caso de auténtica emergencia…

—Éste puede ser ese caso. Vaya a buscarlas, por favor.

—A mi padre no le gustaría saber…

—Estoy seguro de ello —la interrumpió McCarthy—. Pero su padre no tiene por qué enterarse.

Amy Freeman vaciló. Era obvio que luchaba su propio instinto de mujer, curiosa e intrigada, con su sentido natural de la honradez y la ética. Ian la trato de manipular en una de esas direcciones, la que más convenía:

—Amy, usted sabe lo que quiero decir. Estoy seguro de que Harris es el hombre que busca todo Londres, toda Inglaterra.

—No es posible… —le tembló la voz—. Parece, tan amable, tan

correcto…

—Hay motivos para que lo sea. Su educación es inmejorable. No tiene culpa, quizás, de ser como es. Es una larga y terrible historia que creo estar empezando a conocer. Pero quisiera estar seguro de algo, cuando menos…

Amy pareció decidirse justo en ese momento. Asintió con la cabeza, rápidamente, dirigiendo una mirada de soslayo hacia su padre, ajeno por completo al tema de su charla.

—Está bien —dijo apagadamente—. Espere arriba. Llevaré la llave de ese piso. Y que Dios nos ayude si vuelve el señor Harris…

—No se preocupe. Creo que hoy no volverá… —dijo Ian, recordando las gotas de sangre, la figura vacilante que entrara por la puerta privada de Buckingham Palace—. La esperaré, Amy.

Ella desapareció en su vivienda. Ian salió a la acera y encendió un cigarrillo. Miró los corros inquietos, la gente que cuchicheaba o voceaba pidiendo una misma cosa: la cabeza de la policía, ya que parecía imposible conseguir la del «Destripador».

Regresó a la casa. Subió sin prisas la escalera. Espero en el primer rellano, tras ver salir a Quayne a la calle. Eso era un punto a su favor. Amy no tardó en llegar. Temblaba como si fuese a participar en el robo al Banco de Inglaterra. Le tendió una llave, con aire medroso.

—Es esta —dijo—. Por favor, vaya deprisa…

—¿Usted no quiere entrar conmigo? —Invitó Ian.

—No sería decente, ¿no le parece?

—Vamos, vamos, Amy. No sea así. Le aseguro que lo hacemos nada malo entrando ahí. Es sólo para comprobar algo. Nos iremos después.

—Está bien, adelante —suspiró ella, resignada—. Ojalá esté usted obrando honradamente, Ian.

—Confíe en mí —la alentó él, oprimiendo su brazo afectuosamente. Luego, avanzó hacia la puerta y accionó la llave.

No hubo problemas. Entraron en el piso. Las esculturas y cuadros aparecían dispersas por doquier. Ian no le preocupó de todo eso. Sabía que Harris no era un psicópata de la clase de quienes trazan en sus obras las deformaciones mentales de su propio cerebro o materializan sus obsesiones en lienzo o en arcilla. No era eso lo que buscaba.

Empezó a revisar los cajones de los muebles, los diarios y cuanto había en el piso. Al final del examen, quedó desolado, las manos sobre una mesa, la mirada fija en Amy.

—Nada —resopló—. No hay nada…

—Bien —Amy le contempló con reproche—. ¿Y para esto me ha hecho entrar en un piso ajeno, Ian? No tiene sentido. Sabía que no podía resultar bien. Será mejor que nos vayamos, antes de que él venga y nos sorprenda aquí. Iba a ser muy embarazoso para mí, y un serio disgusto para papá.

—No tema, Amy. Harris no volverá. Al menos, no por ahora.

—¿Por qué está tan seguro de eso?

… Porque tengo motivos para pensar que algo le mantiene lejos de aquí.

—Está usted muy misterioso, Ian.

—Posiblemente. Pero sé lo que digo. Y más cuanto si cierta carta llega a su destino… Harris nunca vendrá por aquí, se lo aseguro.

—Ian, ¿qué está sucediendo? —pidió ella, con tono angustiado.

—Nada, ya lo ve. Lo creí todo tan fácil… Debí imaginarme, él es inteligente. Muy inteligente. Demasiado para que se le sorprenda con facilidad. Vamos, Amy. No hay prueba alguna que demuestre la verdad.

—¿Qué verdad?

—Ya debe imaginarlo: Harris es «el Destripador».

—Dios mío… —se ocultó el rostro con ambas manos—. ¿Lo es, realmente?

—Sí —afirmó gravemente Ian McCarthy—. Lo es.

—Entonces debió llamar a la policía, no entrar aquí.

Ian se encogió de hombros.

—No serviría de gran cosa. Nadie iba a encontrar jamás a Edwin Harris.

—¿Por qué? —Se asombró ella.

—Por una razón muy sencilla, Amy —suspiro Ian, regresando al rellano de la escalera con expresión de cantando y derrota—. Porque Edwin Harris nunca existió.

Y abandonó el piso del pintor, tras una última mirada a uno de los cuadros del artista. Justamente el retrato del «Destripador». Éste aparecía rasgado transversalmente con una profunda cuchillada. No era una prueba. Pero para Ian era como una sorda confesión de un

asesino lo bastante listo para no ser jamás capturado.

* * *

Whitechapel había recobrado su apariencia tranquila. Hacía dos meses largos desde el último asesinato de Marie Jane Kelly. Y parecía como si el temible Jack no diera nuevas señales de vida. Incluso las mujeres empezaban a recorrer las calles con cierta confianza.

Los faroleros estaban encendiendo las mechas de gas, igual que aquella otra tarde en que Ian McCarthy paseaba con Amy Freeman por Bishopsgate. Los escaparates animaban las calles, exhibiendo su mercancía.

Ian se detuvo ante la casa. Miró las ventanas iluminadas. Posiblemente nuevos inquilinos ocupaban ya su piso y el de Edwin Harris.

Se volvió y vio a Amy que volvía de comprar algo. Su cesta iba llena. Le sonreía. El joven periodista se quitó su sombrero cortés y risueño. Notó que su corazón palpitaba más fuerte ante la presencia de la joven.

—Buenas tardes, Amy —saludó—. ¿Todo bien?

Perfectamente, sí —suspiró ella, parándose a su lado—. Pero le echamos de menos. Incluso papá, a pesar de que usted sea escocés.

Ambos rieron. Ian señaló una ventana iluminada de la primera planta.

—Supongo que es otro huésped, ¿no? —preguntó.

—Por supuesto. Harris nunca volvió. Usted lo dijo.

—Era de imaginar.

—No llegó a contarme su historia. Papá lee ahora todos los días su columna. Dice que no le perdonará haber ocultado su verdadera identidad. ¿Era absolutamente necesario?

Tal vez no. Pero yo pensé que sí. En realidad, creo que Harris sospecho siempre de mí. Era un hombre muy inteligente.

—Pero ¿por qué tuvo que ser él? Parecía tan normal.

—Un asesino, a veces, parece más normal que los demás.

—¿Aún conserva sus obras?

—Están guardadas en el sótano. Papá no cree que él nunca

regrese.

—Usted sabe que no regresará.

—Claro que lo sé —suspiró la joven. De repente pareció recordar algo—. Oh, por cierto. Tengo una carta para usted, Ian.

—¿Una carta?

—Sí Llegó pocos días después de irse usted. Preferí guardarla, a la espera de que volviese. Han escrito en el sobre «personal y confidencial». No pone nada de urgencia. Ah, y lleva el membrete de Buckingham Palace.

—¿De veras? —Se sobresaltó Ian, súbitamente—. Cielos, deme esa carta, por favor.

—Enseguida. —Amy le miró vivamente—. ¿Quiere entrar?

—No, gracias. Veré a su padre en otro momento. Espero aquí.

Ella entró. Ian paseó por la acera, pensativo. Un vendedor de periódicos asomó por la esquina voceando los diarios de la tarde. Ian pegó un respingo al oír sus voces.

—¡Última edición! ¡Última edición especial, con detalles de la muerte repentina del sobrino de la Reina Victoria, el Duque de Lawrence!

Se apresuró a ir hasta el muchacho. Tomo el periódico y lo pagó. La primera plana reveló sus grandes caracteres ante él:

> Lord Edmond, Duque de Lawrence, sobrino carnal de Su Majestad la Reina Victoria, fallece repentinamente de neumonía.
>
> El joven Duque no pudo sobrevivir, pese a sus veintiocho años y su naturaleza saludable.

Seguían detalles, fotografías y retratos del joven Duque. Ian contempló largamente esos grabados. Bastaban leves detalles, simple caracterización, para que el parecido fuese perfecto.

Amy regresó junto a él. Le entrego la carta. Iba dirigida a su nombre correcto: Mr. Ian McCarthy. Y las señas eran las de la casa de los Freeman. Sonrió contemplando el membrete de Buckingham Palace y la letra culta, minuciosa y elegante.

—Gracias, Amy —dijo. Le tendió el periódico—. ¿Has leído la noticia?

La joven miró la primera página. Palideció. Miro a Ian con estupor infinito. Su voz era apenas un hilo trémulo:

—Dios mío… Es él…

—Sí, Amy. Por eso te dije que Edwin Harris nunca existió.

—Cielos. —Bajó la cabeza, estremeciéndose. Estrujo el periódico entre sus dedos. Luego miró hacia el sobre cerrado que Ian conservaba en su mano—. ¿Entonces, esa carta…?

—Supongo que es el último mensaje de Edwin Harris. O de Jack el Destripador. O de quien ambos sean. Rasgó lentamente el sobre. Extrajo el papel. Lo leyó con calma.

Eran dos caras de letra apretada, menuda, cuidadosamente trazada.

> Amigo Ian:
>
> Ya imaginaba que usted no era lo que parecía. Nuestra charla de la otra noche fue muy reveladora para mí, aunque tal vez no la necesitaba para saber la verdad.
>
> Es usted un hombre muy listo. Y sabe que yo tampoco soy tonto.
>
> Imagino que habrá entrado en mi piso después de lo ocurrido el día 9 de noviembre. Pero no encontraría nada. No soy tan tonto. Tengo un diario escrito. Lo he estado releyendo ahora.
>
> Valdría la pena que usted lo leyera también. Pero no quiero correr ese riesgo, aunque estoy seguro de que no lo haría público jamás. No valdría la pena. Y sólo echaría lodo sobre nuestra querida Inglaterra y lo más sagrado de ella.
>
> Ian, amigo mío, recibí su mensaje. Ya veo que me vio entrar aquella madrugada. Cierto. Iba herido. Ya he sanado. Pero no pude regresar a esa casa donde me encontraba tan a gusto. Además ya no vale la pena. No tengo nada más que hacer ahí. Todo terminó.
>
> Sí, terminó. La pesadilla ha concluido. Valdría la pena terminar con muchas otras como las que cayeron. Pero ya no tengo fuerzas para ello. Me agoto por momentos. Usted se dio cuenta aquella noche. Estoy enfermo. Muy enfermo.
>
> Sé que pronto voy a morir. El parte médico oficial nunca dirá la verdad sobre mi muerte. Yo sé lo que tengo. La sífilis cerebral me aniquila día a día. Estoy llegando al final. Pero no llegué a volverme loco.
>
> Sería una excusa muy pobre para mi obra decir que yo estuve loco. Lo hice todo serena, fríamente. Con método, con orden. Sabiendo lo que hacía.
>
> Las demás murieron porque eran escoria. Pura escoria humana. Alcohólicas, viciosas, enfermas de sífilis todas ellas. Lo comprobé en sus informes hospitalarios. Sin saberlo, el amigo Murphy me ayudó mucho en eso mientras estaba yo ahí de huésped. Sé obtener lo que

quiero de cada persona adecuada.

Lo cierto es que mi personaje de artista bohemio fue todo un acierto, ¿verdad? Siempre me gustó el teatro. Incluso hice cosas como aficionado cuando me fue posible. Todo lo que sea arte me gustó siempre. Lástima que también me gustaron demasiado las mujeres fáciles y viciosas en mi adolescencia. Desde entonces arrastro este maldito mal que me devora.

Sé que puede hacer mucho daño a mí familia, a la Corona y a Inglaterra, si usted hace público este mensaje postrero, Ian. Pero algo me dice que es usted un hombre de honor y nunca hará eso. ¿No cree que es mejor dejar que el olvido y el misterio envuelvan la identidad real de Jack el Destripador?

Después de todo, si algún castigo merezco, Dios me lo dará. Él será mi supremo juez.

Ah, me olvidaba. Sólo Marie Jane Kelly fue una víctima elegida cuidadosamente. Porque esa joven bonita y asquerosa prostituta fue la que me contagió el maldito mal que me llevará a la tumba en pocos días. Por eso ya no pensaba matar a nadie más. Ella era el final. Mi final.

Pobre policía… Han hecho el ridículo terriblemente. Siempre le he dicho a mí augusta tía que no valen gran cosa. Hay muchas instituciones en nuestro querido país que necesitan una revisión a fondo, ¿no cree, mi buen amigo Ian?

En fin, esto es todo. Un abrazo afectuoso de su querido amigo:

JACK

Ian terminó la lectura. Tendió el escrito a Amy que lo leyó en silencio. Estaba pálida, demudada, al tender a Ian la carta última del Duque de Lawrence, sobrino de la Reina Victoria.

—Dios mío, ¿qué piensa hacer con esa carta? —musitó.

Ian sonrió tristemente. Meneó la cabeza. Hizo un gesto al farolero que pasaba junto a él con su larga pértiga encendida. Le tendió un billete de una libra, y le pidió la llama.

Ante el asombro del farolero, Ian McCarthy puso el papel y el sobre en la llama. Dejó que prendiera y ardiese lentamente, hasta que sólo cenizas y pavesas flotaron en el quieto aire frío de la tarde de aquel enero de 1889 en el East End londinense.

—Creo que eso era lo que él esperaba que hiciera, Ian —dijo la joven, apagadamente.

—Sí —afirmó Ian, despacio—. Creo que sí… Respiró hondo.

Miró las cenizas en el asfalto húmedo.

Meneó de nuevo su cabeza y hundió las manos en su macferlán.

—He cambiado de idea —dijo—. ¿Cree que el coronel me invitará a un oporto?

—E incluso a cenar —sonrió ella, reaccionando—. ¿Por qué no entra?

—Lo haré —asintió Ian—. Creo que me verá a menudo por aquí, Amy.

—Me gustaría —asintió ella, enrojeciendo y desviando su mirada pudorosa.

—Entonces, así será. Incluso puede que un día trate de saber si su padre aceptaría un yerno escocés…

—¡Ian! —Esta vez sí que el rubor tiñó de rojo su bonita faz.

Y él, sonriente, la tomó de la mano, entrando con ella en la casa de Bishopsgate donde llegara a conocer personalmente a un hombre a quien nadie nunca conocería de verdad: Jack el Destripador.

EPÍLOGO

La historia que he narrado es ficticia en muchas cosas… El lector sabe en cuáles. La anécdota del protagonista y esos huéspedes de la casa de Whitechapel es totalmente imaginario. Tal vez tampoco fuese «El Destripador» quien aquí se insinúa, aunque el nombre del real personaje esté severamente cambiado.

Pero aquí remito al lector unas referencias dignas de todo crédito, que han revolucionado todas las teorías conocidas sobre el increíble caso del asesino de Whitechapel.

El doctor Stowell, a sus actuales ochenta y tantos años, ha revelado datos fantásticos sobre «el Destripador»…

Thomas E. Stowell es un eminente cirujano londinense emparentado con antiguos facultativos que asistieron a la familia real, y poseedor de datos relativos a aquella oscura época de los crímenes del East End.

Entre sus afirmaciones concretas, apoyadas en pruebas, figuran personajes como las siguientes:

El médico real *Sir* William Gull asistió personalmente al asesino del East End después de haber muerto una de aquellas mujeres. «He informado a… (un espacio en blanco en un texto médico de la época), que su hijo está muriendo de sífilis cerebral. Nunca revelaré el nombre del asesino. No puedo causar ese daño irreparable a una familia plenamente honorable. Sólo puedo afirmar que el asesino no fue la Reina Victoria…».

Con cierto sentido del humor, muy británico, como se ve, el doctor Stowell, un experto en el tema, apunta a la identidad del asesino de forma inequívoca. Ahora el autor, sólo puede añadir algo por su parte: la teoría está considerada muy seriamente en la actualidad como una muy plausible, documentada y razonada explicación de hechos que, de otro modo, resultarían totalmente incomprensibles.

Existen dudas y negativas oficiales sobre el caso, pero ¿cómo se va a admitir sin objeciones una conclusión tan audaz?

Lo cierto es que la teoría está ahí. Que la prensa británica y la *BBC* la han acogido como la más sensata y minuciosa de todas.

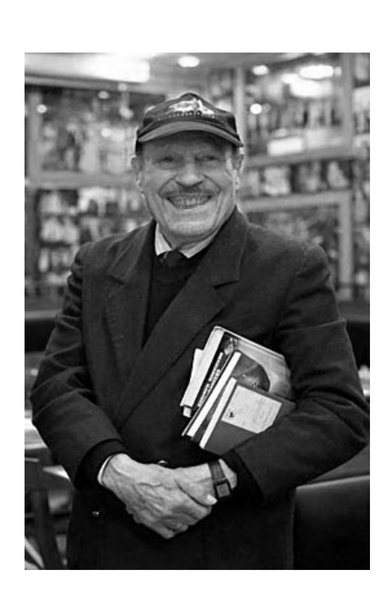
Y que las piezas del rompecabezas encajan así de forma increíblemente lógica.

¿Verdad? ¿Ficción?

Eso nunca se sabrá. Porque si existió un diario del «Destripador», nadie sabe dónde está, si fue destruido, o si llegó alguna vez a escribirse.

El misterio seguirá en torno a la mítica y siniestra figura de Whitechapel. Y tal vez eso sea lo mejor que puede suceder.

F I N



JUAN GALLARDO MUÑOZ. Nació en Barcelona el 28 de octubre de 1929, pasó su niñez en Zamora y posteriormente vivió durante bastantes años en Madrid, aunque en la actualidad reside en su ciudad natal. Los primeros pasos literarios de nuestro escritor fueron colaboraciones periodísticas —críticas y entrevistas cinematográficas—, en la década de los cuarenta, en el diario *Imperio*, de Zamora, y en las revistas barcelonesas *Junior Films* y *Cinema*, lo que le permitió mantener correspondencia con personajes de la talla de Walt Disney, Betty Grable y Judy Garland y entrevistar a actores como Jorge Negrete, Cantinflas, Tyrone Power, George Sanders, José Iturbi o María Félix.

Su primera novela policíaca fue *La muerte elige* y a partir de ahí publicó más de 2000 títulos abarcando todos los géneros, ciencia ficción, terror, policíaca, oeste…, es sin duda alguna unos de los más prolíficos y admirados autores de bolsilibros (llegó a escribir hasta siete novelas en una semana).

Los pseudónimos que utilizó fueron Curtis Garland, Donald Curtis, Addison Starr o Glen Forrester.

Además de escribir libros de bolsillo Juan Gallardo Muñoz abordó otros géneros, libros de divulgación, cuentos infantiles, obras de

teatro y fue guionista de cuatro películas: *No dispares contra mí*, *Nuestro agente en Casablanca*, *Sexy Cat* y *El pez de los ojos de oro*.

Su extensa obra literaria como escritor de bolsilibros la desarrolló principalmente en las editoriales Rollán, Toray, Ferma, Delta, Astri, Ediciones B y sobe todo Bruguera.

Tras la desaparición de los libros de bolsillo, Juan Gallardo Muñoz pasa a colaborar con la editorial Dastin. En esa etapa escribió biografías y adaptaciones de clásicos juveniles como *Alicia en el país de las maravillas*, *Robinson Crusoe*, *Miguel Strogoff* o el clásico de Cervantes *Don Quijote de la Mancha*, asimismo escribió un par de novelas de literatura «seria», *La conjura* y *La clave de los Evangelios*.

En 2008 la muerte de su esposa María Teresa le supone un durísimo mazazo pues ella había sido un sólido soporte tanto en su matrimonio como en su producción literaria. Es a ella a quién dedica su libro autobiográfico *Yo, Curtis Garland* publicado en la editorial Morsa en 2009. Un interesantísimo libro imprescindible para los seguidores de Juan Gallardo Muñoz.

Su último trabajo editado data de Julio de 2011 y es una novela policíaca titulada *Las oscuras nostalgias*. Continuó afortunadamente para todos los amantes de bolsilibros ofreciendo conferencias y charlas con relación a su extensa experiencia como escritor, hasta el mes de febrero del 2013 que fallece en un hospital de Barcelona a la edad de 84 años.

Notas

[1] Famosa taberna de Whitechapel que aún existe hoy en día, estrechamente ligada a las víctimas del «Destripador». < <

[2] Rigurosamente cierto, como tantos otros macabros detalles que aquí se citarán, extraídos de archivos e informes policiales de Scotland Yard y de diversas fuentes informativas. <<

[3] También verídico en todos sus detalles. A Emma Smith la mataron poco antes, en un día también festivo. *(N del A.)*. < <

[4] Rigorosamente cierto, lo mismo que son auténticos los nombres del forense y los inspectores encargados del caso. La frase de Nicholls es la misma que pronunció al identificar a su esposa asesinada. *(N del A.)*. < <

[5] Este macabro detalle, así como todo lo relativo a la muerte de Annie Chapman, está extraído de la encuesta y es totalmente verídico. < <

[6] En mi archivo personal poseo, ciertamente, facsímil y reproducciones de tales páginas de periódico, con detalles como los que aquí cita el personaje. *(N. del A.)*. < <

[7] El autor respeta el término porque así está escrito en la carta original del «Destripador», cuyo texto se transcribe aquí fielmente, salvo algún otro detalle que haría demasiado larga esta transcripción de la primera misiva de Jack. < <

[8] George Lusk fue en realidad un destacado miembro directivo del citado Comité de Vigilancia, montado a raíz de los crímenes del «Destripador» por la vecindad de Whitechapel. < <

[9] «Pues podría haber sido un ruso, un francés, un turco o un prusiano… O lo que es aún más probable, un sucio yanqui». Esta coplilla, en un peculiar inglés muy típico del East End era harto cantada entonces, y excusa todo comentario. < <

[10] Es un relato espeluznante, pero cada detalle de esta descripción por imposible que parezca, se ajusta en todo a la realidad. *(N del A.)*. <<